José Fernández del Villar

PIMIENTA

Comedia en cuatro actos, en prosa,

original

MADRID
Sociedad de Autores Españoles, calle del Prado, 24
1925

PIMIENTA

Esta obra es propiedad de su autor.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction, réservés pour tous les pays, et compris la Suède, la Norvége et la Hollande.

Copyright, 1924, by José Fernández del Villar.

JOSÉ FERNÁNDEZ DEL VILLAR

PIMIENTA

COMEDIA EN CUATRO ACTOS, EN PROSA,

ORIGINAL

Estrenada en el Teatro del Rey Alfonso la noche del 19 de diciembre de 1924

MADRID
Sucesor de R. Velasco, Marqués de Santa Ana, 11 duplicado
TELÉFONO 5-51 M.
1925

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/pimientacomediae00fern

Al Marqués de Vivel,

con el afecto y la simpatía de su leal amigo,

J. Fernández del Villar.

725154

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PIMIENTA	María Banquer.
SEÑÁ MARÍA	Pascuala Mesa.
ROCÍO	Teresa Zori.
LA COBERA	María Comendador.
VECINA 1.ª	Dolores Larrea.
VECINA 2.ª	Encarnación Gutiérrez.
MANOLO	Manuel Luna.
TABLETA	Antonio Riquelme.
VICENTE	Julio F. Alymán.
SEÑÓ BERNARDO	Juan Espantaleón.
EL GUÁCANA	Miguel de Llano.
VERITA	Rafael Terry.
CAMPANA	Juan Espantaleón.
DON BALDOMERO	Casto Javaloyes.
RODAO	Enrique Navarro.
EL DOCTOR CASTILLO	Casto Javaloyes.
UN MOZO DEL HOTEL	Pío Graci.
UN AFICIONADO	Luis Banquer.
UN REPARTIDOR DE TELÉFONOS	Francisco Gil.
UN VECINO	Rafael Calvo.

Vecinos y vecinas.

La acción de los actos primero, segundo y cuarto, en Sevilla, la del tercero, en Madrid.—Época actual.

Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO PRIMERO

El taller de carpintería del señó Bernardo, en el barrio de Triana, en Sevilla. Puertas al foro derecha y una en cada lateral. Al foro izquierda, una ventana con reja. Por la ventana y por la puerta del foro se verá la calle; una calle pintoresca y alegre, llena de sol. Por la puerta de la derecha, se comunica con las habitaciones de la casa, y por la de la izquierda, con el almacén de la carpintería. Al foro, delante de la ventana, un banco de carpintero, con herramientas y útiles del oficio. Amontonados sobre las paredes, tablones y tablas. Por el suelo, serrín y virutas. Colgando de un alambre, pendiente de una viga, un botijo. Repartidas por la escena, cuatro o cinco sillas de eneas. Es de día, en las últimas horas de una tarde de mayo, perfumada y radiante.

—

(Al levantarse el telón, aparecen en escena PIMIENTA, la SEÑÁ MARÍA, VICENTE y el SEÑÓ BERNARDO. Pimienta, hija del señó Bernardo, es una muchacha de veinte abriles, menudita y graciosa, bonita y desenvuelta; la señá María, una mujer que frisa con los cincuenta años, pero que se conserva fresca todavía; Vicente, un mocito de veintitantas primaveras, oficial de la carpintería, y el señó Bernardo, un hombre de mediana edad, muy dado a los discursos y a la bebida. En el momento en que los presentamos al público, la señá María está sentada a la derecha, con su buen mantón de crespón negro liso; Pimienta, de pie, cerca de la señá María, vistiendo un trajecillo de batista de tonos claros; Vicente, tras

del banco, cepillando un listón, y el señó Bernardo, de pie, a la izquierda, aserrando una tabla. Vicente y el señó Bernardo se hallan en mangas de camisa.)

Señó Bernardo. (Dirigiéndose a la señá María y exaltándose a medida que avanza en su discurso.) ¡Esto no pué sé, señá María! Yo lo siento muchísimo, pero no pué sé. Si su niño de usté se ha creío que me va a mi a toreá, se ha equivocao. ¡A mí, no me torea! ¡Que toree a su padre!

Señá María. (Herida en lo más íntimo.) ¡Oiga usté, señó Bernardo, un poquito de respeto pa er pobre que está mascando tierra, que no hubo quien lo toreara! ¿Se entera usté?

Señó Bernardo. ¿Salió manso?

Señá María. ¡Salió un hombre a carta cabá donde se pongan los hombres! Por eso Dios se lo yevó cuando más farta me hasía. (Suspirando.) ¡Ay, Policarpo, qué sola me dejaste! No me vería yo como me veo.

Señó Bernardo. ¡Güeno está, señá María, que tampoco ha sío mi ánimo ofendé la memoria de su difunto! He dicho que er niño toree a su padre, como he podío desí que toree a su agüelo. ¡A cuarquiera, menos a mí! ¡A mí, no! ¡A mí, no me torea ni su hijo de usté, ni Cúchares! ¿Usté me entiende? ¡Pos eso! Mi casa es un tayé de carpintería, pero no la escuela de tauromaquia. Y en mi casa entró su hijo pa ocupá er cargo de ofisiá, pero no pa irse ca cuatro días por esos pueblos a probá fortuna en el arte de Bermonte y vorvé luego con la pretensión de que lo armita como si tar cosa. ¡Eso, no! Le pasé la primera, que no debí pasársela, pa no da lugá a que me hisiera la segunda, y me hiso la segunda y también se la pasé, y la tersera ya no se la paso. ¡Aquí no entra más!

Señá María. (Suplicante.) ¡Pero, señó Bernardo!

Pimienta. (También en tono de súplica.) ¡Pero, padre!

Señó Bernardo. ¡Que no entra! No se piense er mosito que, porque se haya puesto en relasiones con mi hija, va a campá por sus respetos. Una cosa es el amó y otra er trabajo. Como novio, pué que le sirva a ésta.

Pimienta. ¡Sí que me sirve, padre!

Señó Bernardo. Pos a mí no me sirve como ofisiá. ¡Es mu libre ese niño! Y un libre no pué sé ofisiá, según me ha dicho a mí muchas veses er secretario del Insti-

tuto, que es amigo mío. ¡Conque ya lo sabe usté, señá María!

Señá María. Pero, comprenda usté, señó Bernardo, que er chiquiyo está en la edá de las locuras y que, presisamente, si yo lo traje aquí, fué pa que sentara la cabesa.

Señó Bernardo. ¡Pa eso, haberlo yevao a una siyería!

Señá María. ¡Señó Bernardo, siquiera por esta vé! ¡Perdónelo usté, que yo le prometo que no vorverá a escaparse más!

Señó Bernardo. ¡Hasta que se le presente otra capea!... ¡Y toavía si fuese ér solo er que tomase er portante!.. ¡Pero no, señó! Siempre que se larga se me ha de yevá también al aprendí. ¡Y eso ya es demasiao! Porque ¿me quiere usté explicá pa qué, jinojo, se yeva al aprendí?

Pimienta. ¡De moso de estoques, padre!

Señó Bernardo. ¿De moso Tableta, con er mieo que le tiene a los toros? ¡Quisiea yo verlo! ¡En fin, que no, señá María! Le dise usté a su hijo, de mi parte, que no, que no lo armito; que se busque otra colocasión, que ésta se la ha jugao en un lanse de capa y la ha perdío pa siempre. ¡Ná más que eso! ¡Y, con su permiso, voy aquí ar lao, a la taberna de Curro, a enjuagarme un poco la boca, que, de tanto hablá, se me ha secao la garganta! ¡Con su permiso! (Y se encamina hacia el foro.)

Señá María. ¡Pero, señó Bernardo!...

Pimienta. ¡Pero, padre!...

Señó Bernardo. ¡No hay padre, ni señó Bernardo que varga! ¡Aquí no entra más, y ya está dicho! ¡Quearse con Dios! (Vase por el foro olímpicamente.)

Señá María. ¿Tú oyes esto, mujé?

Pimienta. No le haga usté caso. Usté dígale a Manolo que venga, que en cuanto mi padre lo vea aquí, lo perdona. ¡Su genio! Ya lo conose usté. No tiene más que un pronto, pero en seguía se le pasa. ¿Verdá, Visente?

Vicente. ¡Qué sé yo, Pimienta!

Pimienta. ¡Es su carárter! De primera intensión no se recuerda que le haya dicho que sí a nadie. A propósito de esto, contaba la pobresita de mi madre, que esté en gloria, que hasta pa casarse tuvo que í con ér dos veses a la iglesia.

Señá María. ¿Y eso?

Pimienta. Porque la primera, siguiendo su costumbre, ar preguntarle er cura que si la quería por esposa, ante la expertasión de tó er convite, le sortó un no como una casa.

Vicente. ¡Qué hombre!

Señá María. Oye, y cuando le ofresen un chato, ¿es iguá?

Pimienta. ¿Cómo?

Señá María. Que si también dise que no.

Pimienta. ¡Ahí ya no sé!

Vicente. ¡Pos también, señá María!

Señá María. ¿Eh?

Vicente. Tiene rasón Pimienta. Si le dan un chato, claro está que se lo bebe, pero su frase siempre es esta: «No debiera tomarlo, ¿sabe usté?, ahora que, por no despresiá...»

Señá María Y por no despresiá me coge ca peana que, la que menos, pué serví pa colocá er paso de la Sena. ¡Ay, qué señó Bernardo de mis curpas! Escucha, Visentito, entonses ¿tú crees que vorverá a armitirme a Manolo en er tayé?

Vicente. Eso ya es más difísi pronosticarlo.

Señá María. ¿Por qué?

Vicente. Porque er maestro es hombre que, en esto de la morá y de la disiplina der trabajo, no transige ni con San José, pongo por carpintero de punta. Y la úrtima escapatoria de su hijo de usté le ha sentao peó que un pá de banderiyas. ¡Moralidá ante tó! Ese es su lema.

Señá María. ¿Ah, sí? Pos más valía que er lema se lo aplicase ér mismo y no tuviera a esta hija abandoná der modo que la tiene, expuesta a mir percanses; que si el arma mía no ha hecho ya ninguna cosa mala, habrá sío por milagro de la Providensia, no porque su padre se haya cuidao de velá por eya, ni poco ni mucho. (Pimienta se enciende toda en rubores y, avergonzada, baja la vista al suelo.) ¿No digo bien, Pimienta?

Pimienta. Verdá, señá María.

Señá María. Porque, vamos, largarse a media tarde, como se larga er señó Bernardo, a emborracharse por ahí, con cuatro pindongas, dejando a esta criatura sola en la casa, con un hombre ar lao, son ganas de encontrarse con un nieto cuando menos lo espere. ¡A mí qué me van a contá!

Pimienta. ¡Señá María!...

Señá María. No te ofendas, mujé, que ya sé yo que tú eres güena y que mi hijo no es malo, pero eso ¿qué importa? Yo también he tenío veinte años como tú, y un novio a la vera; y en estas primaveras de Seviya, que hablan más a los sentíos que quinse tenorios juntos, no sé qué habría pasao muchas veses entre mi Policarpo y yo, de no haber estao mi madre de por medio. Quien quita la ocasión, quita er peligro.

Pimienta. Y yeva usté rasón, pero harta desgrasia es la mía con que mi padre sea como es, tan despreocupao, y con habé perdío a aqueya santa antes de cumplí los nueve años. (Saltándosele las lágrimas.) ¡Las madres no se debían morí nunca!

Señá María. ¡Qué verdá es esa! (Levantándose y yendo a consolarla.) Pero no te aflijas, mujé. ¡A vé si yo te he hecho yorá!... Er día que te cases con mi hijo, yo seré pa ti otra madre. ¡Ya lo soy, que, como a una hija, te quiero!

Pimienta. (Abrazándose, llorando, a la señá María.) ¡Señá María!...

Señá María. ¡Vamos, tonta, no yores! (Secándole las lágrimas con su pañuelo.) ¡Anda! Ya pasó. Y me largo a mi casa, que tengo ayí a Manolo y a Tableta esperándome, desde las tres, como quien espera er santo arvenimiento. Yo les voy a desí que vengan.

Pimienta. Sí, señora, que vengan; que ya procuraremos, entre tós, convensé a mi padre. Este echará una mano. ¿No, Visente?

Vicente. Si vieras qué poquita grasia me hase a mí discutí con tu padre...

Señá María. ¡Visentito, hijo, siquiera por caridá!... ¡Mira que si me dejan a Manolo en la caye, la semana que viene tengo que sembrá arbahaca en er puchero!

Vicente. Descuide usté, que se hará lo que se puea.

Señá María. En eso confío. ¡Hasta ahora!

Pimienta. ¡Hasta ahora, señá María!

Vicente. ¡Vaya usté con Dios! (Vase por el foro la señá María.)

Pimienta. ¡La pobre!...

Vicente. Oye, pero tu novio ¿no saca ná de las capeas?

Pimienta. ¡Vaya si saca! Unos carsones rotos, cuando menos.

Vicente. En serio. ¿No le pagan por toreá?

Pimienta. Que yo sepa, no. Trabaja por amó al arte.

Vicente. ¡Pos ya hase farta afisión!

Pimienta. ¡Tú verás!

Vicente. ¡Que le tiran los toros!

Pimienta. ¡Eso! ¡Pero hay que vé cómo le tiran! ¡Pa matarlo, Visente! Acuérdate de cómo yegó aquí, después de la enserrona de Coripe, que era un Cristo.

Vicente. Y es lo que a mí no me cabe en la cabesa. Porque, vamos a vé, ¿qué nesesida tiene Manolo de yevá esos gorpes, cuando, aplicándose a su ofisio, podía reírse der mundo a la vuerta de un año? Como listo, es listo. No hay ebanista en toa Seviya que tenga sus manos pa trabajá. Con lo primoroso que es pa tó... ¡Qué lástima de criatura que le haya dao por ahí!

Pimienta. ¿Y su ambisión? Paese que no lo conoses. ¡Yeva dentro un rey!

Vicente. (Con ironía.) ¡A vé si es una sota!

Pimienta. (Con firmeza.) ¡Un rey te digo! No se conforma con sé lo que es, quiere yegá mu arto.

Vicente. (Siguiendo el tono irónico.) ¡Y, claro, se le logra su deseo cá vé que torea! (Con acento de sinceridad.) ¡Mar camino ha escogío ese muchacho! Tú debías, en lugá de fomentá sus gustos, tirarle de las riendas; enfadarte con é cuando comiensa a formá castiyos en el aire; meterlo por la güena verea. Siguiendo así, ni será nunca ná, ni vardrá ná. ¡Y es pena! Porque te repito que, bien guíao, se podía hasé de Manolo un hombre de provecho.

Pimienta. ¿A quién se lo dises? Pero es mu voluntarioso, mu suyo pa tó y pretendé yevarle la contraria es apartárselo de la vera de una.

Vicente. Y como siegas por é...

Pimienta. ¡Ahí está er gorpe, torpe! ¡Que haga lo que quiera con ta de verlo siempre junto a mí!

Vicente. ¿Tanto lo quieres?

Pimienta. (Indicando mucho.) ¡Uuu! Pa mí en er mundo no hay más que é; ni sielo, ni infierno, ni purgatorio. ¡Er ná más! Su capricho es mi ley; su voluntá, la mía. ¡No hay que hablá de eso, Visente!

Vicente. ¡Ayá tú!

(Por el foro aparece el SEÑÓ BERNARDO, con cuatro copas de más.)

Señó Bernardo. ¿Se fué ya doña Pedigüeña?

Vicente. Ya se fué.

Señó Bernardo. ¡Madre, con la mujé, que es más cansá que un gori, gori! (Encarándose con Pimienta.) ¡Y no lo armito! ¿Te enteras tú? ¡No lo armito! A mí, er poco pelo que me quea, no me lo toma nadie. ¡No lo armito!

Pimienta. Y ¿quién dise ná? ¡No lo armita usté!

Señó Bernardo. Por si acaso te habías tú hecho ilusiones. ¡No lo armito!

Pimienta ¡Bien está, señó! Pero, antes de desí que es cansá la señá María, oígase usté un rato. ¡Cristo, qué monserga! (Y se va por la derecha.)

Señó Bernardo. ¡Oye, tú, niña!... ¿Eso es yamarme a mí pesao? ¿Fartarle ar respeto a su padre?... Er mejó día le vi a da una guantá a ese estornúo de mujé que le va a í a hasé la competensia ar correo de Larache. ¡Ná más que eso! Y no lo armito, Visente. Ya se pué juntá Roma con Santiago, que no lo armito. (Sin transición.) ¿Tú has probao er viniyo e solera que le han traío a Curro?

Vicente. No, señó.

Señó Bernardo. ¡Es un nérta, muchacho! Vino pa consagrá.

Vicente. ¿Pa consagrá?

Señó Bernardo. ¡Pa consagrá ar cosechero! ¡Vaya un tío sacando vino! ¡Cosa rica! Te convido a un chato.

Vicente. Muchas grasias, señó Bernardo. Ya sabe usté que yo entre horas...

Señó Bernardo. Huéleme. (Le echa el aliento.) ¡Qué fragansia!—¿eh?—¡qué perfume! Embriaga con el oló.

Vicente. Pos se conose que usté se ha estao oliendo un ratiyo.

Señó Bernardo. Una caña me he tomao.

Vicente. ¿Ná más?

Señó Bernardo. ¡Una caña! Pero, ¡qué caña, Visente!

Vicente. ¡De pescá habrá sío!

Señó Bernardo. ¡De ensendé er simborrio de la catedrá! (Señalando gran altura.) ¡Así!

(El señó Bernardo se sube a una silla para alcanzar el botijo. En este momento aparecen, por el foro, MANOLO y TABLETA y, al verlos el señó Bernardo se incomoda mucho y pretende bajarse de la silla con ánimo de tirarles alguna herramienta a la cabeza. Manolo es un mocito de veinte años, arrogante y simpático, que vis-

te un pantaloncito claro y guayabera de dril debajo de la americana, calza zapatos de color y se toca con un sombrero de ala ancha; y Tableta, un chiquillo de diez y siete años, menudillo y cobrizo, que viste un pantalón oscuro y blusa azul, calza alpargatas y se cubre la cabeza con una gorra. Los dos llegan al taller dando muestras de azoramiento e inquietud. Tableta lleva escondida, debajo de la blusa, una botella de manzanilla, sin descorchar, envuelta en un papel de seda.)

Manolo. (Asomándose, con Tableta, a la puerta del foro.) ¿Se pué pasá?

Señó Bernardo. ¡Mardito sea er serrín!... ¡Aquí no se entra! ¡Fuera de mi casa! ¡A la caye ya mismo!

Manolo. ¡Señó Bernardo, que hemos pedío lisensia pa entrá!

Señó Bernardo. Por lo mismo que habéis pedío lisensia, yo os he dao la arsoluta. ¡Fuera de aquí!

Manolo. ¡Que a un griyo es y se le escucha, maestro!

Señó Bernardo. ¡Serás tú!

Manolo. ¿Quiere desí que se niega usté a oírnos?

Señó Bernardo. Quiere desí que me tenéis mu harto.

Tableta. (En voz baja a Manolo.) ¿Qué dise?

Manolo. (A Tableta, en el mismo tono de voz) Que está mu harto.

Tableta. (Interpretando mal el verbo.) Dile que baje.

Manolo. ¿Qué?

Tableta. ¡Que se baje de la siya!

Señó Bernardo. Vosotros, por lo visto, os habíais pensao que yo era pan de fló y soy coscurro. ¡Conmigo no se juega!

Tableta. (Adelantándose muy decidido.) Güeno, verá usté, maestro, me va usté a permití que yo le diga...

Señó Bernardo. (Sublevándose, descendiendo de la silla y persiguiendo a Tableta con deseos de acogotarlo.) ¡A ti te estreyo yo, so renacuajo!

Tableta. (Escurriendo el bulto y sorteando a cuerpo limpio las embestidas del señó Bernardo.) ¡Que me estreya, tú! ¡Que es un miura! ¡Dale un metisaca!

Vicente. (Sujetando al señor Bernardo.) ¡Maestro!

Manolo. (Imponiéndose y protegiendo con su cuerpo a Tableta.) ¡Basta, señó Bernardo! No hemos venío en son de bronca, ni a mendigá una limosna; hemos venío a darle a usté una explicasión de nuestra farta. No nos quiere usté escuchá y la caye es chica pa nosotros.

Señó Bernardo. ¡A verlo!

Manolo. ¡Anda, Tableta! ¡Vámonos! No nos fartará sitio donde trabajá, pero, antes de salí, entrégale ar maestro er recuerdo que le traíamos.

Señó Bernardo. ¿Un recuerdo pa mí? ¡Os lo podéis guardá!

Manolo. Se trata de una insinificansia pa demostrarle a usté que no le orvidamos. Uno, en su pobresa, también sabe correspondé con quien se lo merese. (A Tableta.) Trae acá. (Tableta saca de debajo de la blusa la botella de manzanilla y se la da a Manolo.) ¡Esta boteya de mansaniya!

Señó Bernardo. (Alegrándosele la cara al ver la botella.) ¿Eh?

Manolo. Poco vale, pero no vea usté en eya más que la voluntá.

Señó Bernardo. (Ablandándose.) (¡Pobresiyos!)

Manolo. (Dándole la botella al señó Bernardo.) Tenga usté, señó Bernardo. ¡Que se la beba usté con salú! ¡Y vámonos, Tableta, que aquí no nos quea ná que hasé! Güenas tardes. (Manolo y Tableta inician el mutis hacia el foro.)

Señó Bernardo. (¡Me han cogío la vé!) ¡Aguardá! (Manolo y Tableta se detienen.) (Este rasgo, que yo no esperaba, me ha desarmao.) ¡Aguardarse!

Vicente. (¡Saben más que Merlín!)

Señó Bernardo. Me habéis conmovío con el orsequio y yo ya no tengo való pa plantaros en la caye.

Manolo. ¡Eso, no, maestro!

Tableta. Si usté cree que no debe armitirnos...

Señó Bernardo. ¡Os podéis quedá!

Manolo. Grasias, señó Bernardo.

Tableta. Dios se lo pague a usté, maestro.

Señó Bernardo. Os podéis quedá, pero a otra que me hagáis, aunque me regaléis una bodega, vais al arroyo. ¿Está esto claro? Pos no se hable más. Borrón y cuenta nueva. ¡A trabajá! (Manolo se quita el sombrero, Tableta la gorra y se ponen a trabajar.) No quiero que digáis nunca que he sío pa vosotros un desconsiderao. ¡Arvertíos estáis! Si vorvéis a las andás y me sierro a la banda, curpa vuestra será, que no mía. Yo cumplo con preveniros. Luego no me vengáis con lamentasiones. Y no digo más, que ya he dicho bastante, o quisás haya dicho demasiao, porque noto que se me ha vuerto a secá

la garganta y no voy a tené más remedio que í otra vé a enjuagarme la boca en la taberna de Curro.

Manolo. ¡Abra usté la boteya!

Señó Bernardo. ¡Quita de ahí! Esta la guardo yo pa descorcharla en la primera solernidá. (Deja la botella en cualquier parte.) ¡Ahí os quedáis! Vuervo en seguía. ¡A trabajá to er mundo! (Encaminándose hacia el foro.) (¡Me han cogío la vé! ¡Demonios de muchachos!...) (Vase por el foro. En cuanto desaparece, Manolo y Tableta dejan de trabajar y se ponen a dar saltos.)

Tableta. ¡Y ole!

Manolo. ¡Somos los amos!

Vicente. Y que lo digas, porque te arvierto que estaba duriyo de pelá.

Manolo. ¡Sabía yo que er truco de la mansaniya no fayaba! ¿Y Pimienta? ¿No está Pimienta en casa?

Vicente. Por ayá dentro.

Manolo. (Asomándose a la puerta de la derecha y llamando a gritos a su novia.) ¡Pimienta!

(Por la derecha, sale PIMIENTA.)

Pimienta. (Estrechando con verdadera efusión las manos que Manolo le tiende.) ¡Manolo!

Manolo. ¡Negra de mi vía!

Pimienta. ¿Estás ya aquí?

Manolo. Pa recrearme mirándome en tus ojos.

Pimienta. ¿Y mi padre?

Manolo. Amansao.

Pimienta. ¿De veras?

Vicente. Le ha regalao esa boteya e mansaniya... ¡Carcula!

Pimienta. (A Manolo.) ¡Eres er diablo!

Manolo. ¡Y tú San Miguél

Pimienta. ¿Yo?

Manolo. ¡A vé! ¿No tiene San Migué er diablo a sus plantas?

Pimienta. ¡Tonto!

Tableta. ¡Que Dios te guarde, Pimienta!

Pimienta. ¡Hola, Tableta! ¿Qué tá os ha ido por ahí?

Manolo. Superió, chiquiya. ¡Que te diga Tableta!

Tableta. ¡Caya, mujé! Habemos pasao lo nuestro.

Pimienta. ¿Ah, sí?

Manolo. No le hagas caso. De apocao que es, se ahoga en un sorbo.

Pimienta. (A Manolo.) ¡Cuéntame tú, chiquiyo!

Manolo. ¡Cuéntale, Tableta!

Tableta. ¡Qué toros! ¡Qué espanto! ¡Qué velas! Ahora, que éste no le tiene mieo a ná. ¡Como si hubiean sío chivas! ¡Es un jabato!

Manolo. No te digo más, pa que veas si habré quedao como los propios ángeles, sino que don Bardomero, er representante de la Plasa e la Maestransa, ha hablao ya conmigo esta mañana pa sacarme en una noviyá en Seviya.

Pimienta. ¿Es posible?

Manolo. ¡Mi sueño!

Pimienta. ¡Ay, qué gusto!

Tableta. ¡Es mucho Manolo! Pero a mí, te confieso que, si sigo con é, y con é seguiré porque yo no pueo abandoná a esta criatura, que ha sío pa mí como un hermano, un día me tienen que sangrá en la Plasa. ¡Qué bestia! ¡Qué bruto! ¡Qué animá! Hay que verlo arrimarse a los pitones y pasárselos así por er pecho... ¡Josú! Escalofríos me entran ná más que de pensarlo.

Manolo. ¡En eso están los duros, Tableta!

Tableta. ¡En eso está el í a la losa, en cuanto te descuides!

Pimienta. ¡Por Dios, Manolo!

Manolo. ¡No te apures tú, chiquiya!

Pimienta. Es que me dan suores de imaginá que un toro puea matarte.

Manolo. ¿Quién piensa en eso?

Vicente. ¡Mardesía afisión!

Manolo. ¿Por qué, Visentiyo?

Vicente. Porque sí, porque güeno que se meta a torero er que no sirve pa otra cosa, pero tú, que eres gente en lo tuyo, debías arrimá el hombro a tu ofisio y dejarte de locuras.

Manolo. ¿Carpintero? ¿Pa sacá un jorná y comé siempre estofao? ¡No, chiquiyo! Eso es un pasá y lo otro er yegá de pronto, el encontrarse uno, de la noche a la mañana, rico, mimao, con un nombre, con un carté...

Vicente. A costa de las lágrimas de tu madre y de los sobresartos de ésta.

Manolo. Lo que mucho vale, ya es sabío, Visente, que cuesta mucho.

Vicente. ¡No tienes corasón!

Manolo. ¡Cuéntales, Tableta, aquí a mi novia y a Visente, er pá de banderiyas que le puse ar cuarto toro!

Pimienta. ¡Pero cuéntalo tú, guasón, si es de ti de quien yo quiero oírlo!

Tableta. ¿Er pá de banderiyas ar cuarto toro?... ¡Señó der Gran Podé, qué pá!

Manolo. ¡Fijarse, fíjate, Pimienta!

Tableta. (Accionando y yendo desde la batería hacia la puerta del foro.) Cogió los garapuyos y, pasito a paso, dejándose vé de la fiera, alegrándola cuando se distraía... ¡Jú, toro, jú! Er pelo se me ponía de punta, a mí, que estaba entre barreras. Airoso en el andá, risueño er semblante... ¡Toro! ¡Toro! ¡Jú!.. (En el momento de llegar a la puerta del foro y en el instante mismo de ir a clavar el par que describe, aparece el SEÑO BERNARDO. Tableta hace como que tira el par imaginario y sale corriendo hacia el primer término. Los demás personajes también se asustan al ver llegar al señó Bernardo y se ponen a hacer como que trabajan.) ¡Ay! (¡Mi màdre!)

Pimienta. (¡Mi padre!)

Manolo. (¡Er maestro!)

Vicente. (¡Nos cogió!)

Señó Bernardo. ¿Estamos ya en lo de siempre? Pero ¿es que yo hablo en griego? ¿Cómo os voy a desí que esto no es un tentaero? ¿Ese es el arrepentimiento y er propósito de la enmienda? (Dirigiendo su vista a la botella de manzanilla.) Si no mirara lo que miro... ¡Os podéis largá!

Manolo. (Creyendo que los despide de nuevo.) ¡Maestro!...

Señó Bernardo. No es que os eche, no; es que, por hoy, se arrematò la faena. Son ya las siete: la hora de acabá. ¡Ca uno a su casa! Y mañana, bien tempranito, aquí. Er que me farte, ya sabe que no tiene que contá conmigo pa ná.

(Manolo se pone su americana y su sombrero, Tableta su gorra y Vicente entra por la puerta de la izquierda y sale a poco con la americana puesta y el sombrero en la mano.)

Manolo. Descuide usté, maestro.

Tableta. Descuide usté.

(El señó Bernardo entra por la izquierda.)

Pimienta. (A Manolo.) ¿Vendrás luego?

Manolo. En cuanto coma y me vista.

Pimienta. ¡Que no tardes!

Manolo. ¡Adiós, mi arma!

Pimienta. ¡Que te espero! ¡Que tenemos que í a la Crú de Mayo que han puesto en er corrá der Conde!

Tableta. Oye, Pimienta, ¿tú sabes si vendrá por aquí tu prima Rosío?

Pimienta. Como tós los días.

Tableta. Pos aquí vendré yo.

(Por la izquierda sale el SEÑÓ BERNARDO, poniéndose su americana.)

Vicente. Güenas tardes, maestro. ¡Adiós, Pimienta!

Tableta. Güenas tardes.

Manolo. (Al señó Bernardo.) ¡Hasta mañana! (A Pimienta.) ¡Hasta luego, chiquiya!

Pimienta. ¡Adiós, Manolo!

Señó Bernardo. ¡Ir con Dios! (Salen por el foro Manolo, Vicente y Tableta.) Y tú, niña, sácame er sombrero y la garrota. Y no me esperes a comé.

Pimienta. ¿Tampoco hoy come usté en casa?

Señó Bernardo. Tampoco. Tengo que hasé. ¿Me nesesitas tú pa argo?

Pimienta. Pa ná.

Señó Bernardo. ¿Entonses?...

Pimienta. (¡Y siempre así! Luego dirán que una...) (Vase por la derecha.)

Señó Bernardo. (Guardándose la botella de manzanilla en el bolsillo interior de la americana.) Esta nos la bebemos esta noche, Angelita y yo, mano a mano.

(Por la derecha sale PIMIENTA con el sombrero y el bastón de su padre.)

Pimienta. (Entregando al señó Bernardo el sombrero y el bastón.) Aquí tiene usté. .

Señó Bernardo. Dios te lo pague. ¿Un beso?

Pimienta. (Después de besar a su padre.) Que no vaya usté a vení a las tantas como siempre.

Señó Bernardo. Yo a mi casa pueo vení a la hora que se me antoje; que no eres tú quién pa pedirme cuentas.

Pimienta. Si se lo digo es por su bien.

Señó Bernardo. ¡Fartaría más que un mono sabio como tú se fuera a meté en mis asuntos!

Pimienta. Usté perdone.

Señó Bernardo. ¡Estamos frescos!

Pimienta. ¡Eso se creerá usté!

Señó Bernardo. ¡A cayá! Ocúpate de ti y deja a los demás tranquilos.

Pimienta. Como usté quiera.

Señó Bernardo. ¡Hasta después!

Pimienta. ¡Vaya usté con Dios!

Señó Bernardo. (¡Condenasión de hija!... ¡Vamos, hombre! Tendría que ve...) (Vase por el foro, refunfuñando.)

Pimienta. (Con desaliento.) Y esto, ¿es viví? ¡Ay, Virgen mía de la Esperansa, qué solita estoy en el mundo!

(Pimienta suspira y se encamina hacia la derecha, cuando, por la puerta del foro, aparece LA COBERA, una vieja desmedrada y raquítica, de miserable aspecto.)

La Cobera. ¿Hay lisensia pa entrá?

Pimienta. (Volviendo la cara hacia el foro y haciendo un gesto de extrañeza.) (¿A qué viene aquí esta mujé?)

La Cobera. ¿Das tu permiso, Pimienta?

Pimienta. Usté dirá lo que busca.

La Cobera. Tu padre ha salío, ¿verdá?

Pimienta. Ahora mismo.

La Cobera. Y estás tú sola, ¿no?

Pimienta. Sola estoy.

La Cobera. Pos déjame que me siente un ratito.

Pimienta. ¿Pa qué?

La Cobera. Pa hablá contigo, prinsesa.

Pimienta. (Secamente.) ¡Comigo no tiene usté ná que hablá!

La Cobera. ¿Quién te lo ha dicho?

Pimienta. ¡Yo, que me lo presumo! Míreme usté bien a la cara, no vaya a resurtá luego que se ha equivocao usté de persona.

La Cobera. ¡Que no, mujé!

Pimienta. ¿Está usté segura?

La Cobera. ¡Vaya!

Pimienta. Pos, entonses, diga usté lo que quiera.

(La Cobera se sienta. Pimienta permanece de pie.)

La Cobera. Escucha, hija mía. ¿Tú conoses a un señorito, mu señó, granadino é, bien plantao, con muchos parneses y a quien le disen er duque e los Cármenes?

Pimienta. ¿Está usté viendo?... ¡No me trato con la aristocrasia, Cobera!

La Cobera. Un señorito que se encontró contigo la otra noche en la caye e Trajano y te siguió hasta aquí y fué por to er camino echándote flores...

Pimienta. No recuerdo.

La Cobera. Haz memoria, mujé.

Pimienta. Es lo mismo. ¿Y qué?

La Cobera. Pos que ese señorito, que es tó un cabayero, porque se ha criao en mu güenos pañales, se ha prendao de ti y quiere hablarte.

Pimienta. (Conteniendo a duras penas su indignación.) ¿Que quiere...? ¿Ve usté como venía usté equivocá, Cobera?

La Cobera. ¿Por qué, chiquiya? ¿Hay argún mal en eyo? El irá donde tú le digas, pero mejó a un sitio reservao y ocurto—¿sabes?—que no hay por qué da un cuarto ar pregonero ni nadie tiene por qué enterarse de ná. Tú le escuchas, y, si te conviene lo que te proponga, lo asertas, y si no, pos tan amigos. Riquesas tiene pa enterrarte en oro; sortero es y libre como un pájaro. ¿Quién te dise que luego no se casa contigo? ¡Piénsalo, Pimienta, que la fortuna no pasa más que una vé por nuestro lao!

Pimienta. ¡No siga usté, Cobera! Ni sé cómo he tenío pasiensia pa escucharla. Y desía usté que no venía equivocá... ¡Equivocá der tó! ¿Por quién me toma usté? ¿Quién se ha creído usté que soy yo?

La Cobera. ¡Hija, no te pongas así! ¡Otra cuarquiera, en tu lugá, me hubiera dao las grasias!

Pimienta. ¡Yo, no!

La Cobera. Ya lo veo.

Pimienta. ¡Yo no le digo a usté más sino que sarga ahora mismo de mi casa!

La Cobera. ¡Pero, niña!...

Pimienta. ¡Ahora mismo! ¡Fuera de aquí! ¿Venirme a proponé...? ¡Vamos, Cobera!

La Cobera. (Levantándose.) ¡No grites, que ya me voy! Pimienta te yaman y con rasón. Picas que escueses y sartas como una senteya. ¡Avispa te debieron poné! Pué que luego lo sientas, pué que te pese, que me busques cuando ya sea tarde...

Pimienta. (Con dignidad.) ¿Yo?

La Cobera. ¡Torres más artas han caío!

Pimienta. ¡Váyase usté, Cobera, váyase usté! La curpa es mía por haberla a usté dejao traspásá esa puerta. ¡Largo!

(Por el foro aparece ROCIO, prima de Pimienta, una mocita juncal y alegre. Viste trajecillo de batista, de tonos claros, y mantón de crespón negro liso. Se detiene a la puerta, sorprendida al oír los gritos de Pimienta.)

Rocío. ¿Eh?

La Cobera. ¡Desagradesía! ¿Traerte la fortuna y despresiarla? ¡Uy, qué juventú! ¡La tonta soy yo, que no escarmiento! (Vase por el foro.)

Rocío. Pero, ¿qué pasa?

Pimienta. ¡Esa mujé!...

Rocío. ¿La Cobera?

Pimienta. ¿Qué te crees que ha venío a ofreserme?

Rocío. ¡Qué sé yo! Arguna cosa fea. Esa bruja no anda más que en malos pasos.

Pimienta. Hay en Seviya un hombre que me persigue, un señorito forastero y rico: er duque de los Cármenes. No voy a un sitio donde no me lo encuentre. ¡Es mi sombra! Y ese hombre, desesperao de vé que no le hago caso y que ná consigue de mí, ha tenío er való de mandarme a la Cobera.

Rocío. ¿Pa qué?

Pimienta. ¡Ya puedes suponerlo!

Rocío. ¿Y tú...?

Pimienta. ¡Figúrate lo que le habré dicho! Por er finá, que has presensiao, imagina er comienso. ¡No me ha fartao más que escupirle! ¿Qué te piensas que me ha dicho esa perra mujé?

Rocío. Y, ¿vas a tomá en cuenta la palabras de una bruja? ¡Vamos, criatura!... ¡Orvídalas!

Pimienta. ¡Si pudiera!...

Rocío. Escucha. ¿Se sabe si Manolo y Tableta han vuerto ya de Benacasón?

Pimienta. Esta mañana.

Rocío. ¡Digo, esta mañana, y ese mal ange de mi novio, que no ha ido a verme!

Pimienta. No habrá podío, mujé.

Rocío. ¿Que no? ¡Déjate que yo le eche la vista ensima!

(Por el foro aparecen MANOLO y TABLETA, con las ropitas de cristianar.)

Pimienta. Ahí lo tienes ya.

Rocío. ¿Sí? ¡Pos prepárate a vé salí un sigarrón por la ventana!

(Entrán en escena Manolo y Tableta. Manolo, después de saludar a Rocío, coge una silla y se sienta junto a Pimienta, en el primer término izquierda. Rocío permanece sentada en el centro de la escena y allí se dirige Tableta.)

Manolo. ¡Hola, Rosío!

Tableta. ¡Que Dios guarde a la fló de la maraviya!

Rocío. (Con mal modo.) ¡A mí no te aserques!

Tableta. Pringá, no pringo; que traigo traje nuevo.

Rocío. No pringas, pero hueles.

Tableta. ¿Yo? (Olfateándose a sí mismo.) ¿A qué?

Rocío. ¡A cadave!

Tableta. ¿Eh?

Rocío. ¡Pa mí has muerto!

Tableta. Y, ¿cuándo ha sío eso, que yo no me he enterao?

Rocío. Averígualo.

Tableta. ¿Se podrá sabé, ar menos, de qué enfermedá he fayesío?

Rocío. ¡De farta de vergüensa!

Tableta. ¿De farta de vergüensa? Pero, ¿eso mata? Porque entonses di tú que este mundo es un sementerio. Si sales por ahí, no te vas a encontrá más que fiambres.

Rocío. ¿Te paese a ti bonito habé yegao esta mañana y no habé paresío por mi casa en tó er día? (Levantándose.) Y, ¿pa eso te he tenío yo una lampariya de aseite ensendía toa la semana? ¡Con lo caro que está el aseite!

Tableta. ¡No te dijustes tú, chiquiya! (Sentándose e invitándola a ella a que se siente.)

«¡Siéntate a mi vera,
que te tengo que contá
la má de cositas güenas!»

Rocío. ¡Mú flamenco vienes tú hoy!

Tableta. (Levantándose y atrayendo a Rocío con mimos, hasta hacerla sentarse a su lado.) ¡Vamos, ven acá, pamplinosa!

Rocío. ¡Que me dejes!

Tableta. ¡Atiende a rasones!

Rocío. ¡Suerta!

Tableta. ¡Pero, mujé, no seas así! ¿Qué quieres tú que yo te explique? ¿Er por qué no he ido a tu casa

apenas he yegao? Pos ven aquí, siéntate a mi lao, que yo te explico eso y la dortrina. (Se sientan.)

Rocío. ¡Ya empiesas con tus cosas! (Tableta pasa el brazo por detrás de la silla de Rocío, y le da un disimulado abrazo, que ella esquiva.) ¡Las manos en los borsiyos, Tableta!

Tableta. ¿En los borsiyos, mujé? ¿Pa que se me arrugue er pantalón?

Rocío. ¡Pos que no se te arrugue, pero a mí no me toques, que no soy campana!

Tableta. ¡Ya lo sé! Eres martiyo, que así me tienes a mí, clavao. (Intenta abrazarla de nuevo.)

Rocío. (Esquivando el nuevo abrazo.) ¡Pero no te desclaves, Tableta, que te arreo una torta!

Tableta. (Enfadado.) ¡Arrea! (Rocío le da una bofetada, y él da un grito.) ¡Rosío!

Rocío. ¿No me has dicho que arree?

Tableta. ¡Si ha sío exclamasión!

Rocío. Pos, entonses, dispensa.

Tableta. ¡Eres una loba! Escucha aquí, surtana .. (Y siguen hablando en voz baja, muy amartelados a ratos, y a ratos muy acaloradamente. Empieza a obscurecer hasta hacerse noche completa. La luna iluminará la calle y entrará en escena por la ventana.)

Manolo. ¿Qué dises, Pimienta?

Pimienta. Lo que oyes.

Manolo. Pos descuida, que a la Cobera ya le diré yo lo que viene ar caso. Es vesina mía y poco he de tardá en echármela a la cara. ¡Condená mujé! ¡Pero, alegra er semblante, chiquiya, que mientras te viva tu Manolo, no quiero yo que haya quien te dé una pena!

Pimienta. ¿Me quiéres mucho?

Manolo. ¡Mira que si fuese verdá lo que me ha dicho don Bardomero y cumpliera su palabra de sacarme en una noviyá, donde yo pudiera demostrarle a la afisión que no soy ningún chalao!... ¡Mare de mi arma, qué día aqué!

Pimienta. ¿Serás siempre pa mí?

Manolo. Porque fíjate que si yo debutara en Seviya y me tocasen unos toros que se dejaran toreá, de esos que les eligen a los ases pa que se luzcan, sería un gorpe. ¡Verías tú canela! ¡Ay, Padre Jesú, si tú quisieras que yo saliese de pobre de una vé! Ná más que por la fe con que te lo pido, debías consedérmelo. Con que me anunsiaran en er carté, ya estaba satisfecho, que er

quedá luego bien era cuenta mía. (Pimienta se ha ensimismado, al ver que no le hace caso, y ahora observa Manolo la actitud de su novia.) Pero, ¿qué te pasa á ti?

Pimienta. Ná.

Manolo. Estás tan cayá...

Pimienta. Oyéndote.

Manolo. Y, ¿no te gusta oírme?

Pimienta. A ratos.

Manolo (Abrazándola.) ¡Negra!

Pimienta. (Hurtando el cuerpo e indicándole con el gesto que le pueden ver Rocío y Tableta.) ¡Manolo!

Manolo. No miran. Están en lo suyo. (Atrayéndola hacia él.) ¡Ven tú aquí, paloma!

Pimienta. ¡Déjame! Temblando toa me pongo sólo de sentí serca de mí er caló de tu aliento.

Manolo. Dame un beso.

Pimienta. ¡Quita!

Manolo. ¡Me lo ofresiste ar marcharme! Es una cuenta atrasá.

Pimienta. Pos déjala pa mañana.

Manolo. Es que necesito cobrá hoy.

Pimienta. (Haciendo ademán de pegar.) ¡Y vas a cobrá!

Manolo. Pero, ¿qué importansia le das tú a un beso, chiquiya?

Pimienta. La que tiene.

Manolo. ¡Ninguna! Juntas tu boca a la mía, hases así, separas los labios y ya está. ¡Más sensiyo!

Pimienta. ¡Qué pronto lo arreglas!

Manolo. ¡Vamos, no seas tonta! ¿Quieres que me enfade?

Pimienta. (Con temor.) No.

Manolo. ¿Entonses?

Pimienta. Me da miendo, Manolo.

Manolo. Pero, miedo, ¿de qué?

Pimienta. No sé.

Manolo. Tú quieres que riñamos.

Pimienta. (Mimosa.) No.

Manolo. (En serio.) ¡Pos, vamos a reñí!

Pimienta. (Acariciándole las manos.) ¡No, Manolo!

Manolo. ¡Soñando que venía yo!... ¿Pa qué me lo ofresiste?... ¡Tú no me quieres, Pimienta!

Pimienta. (Con pasión.) Con toas las veras de mi arma, con toa la fuersa de mi corasón, con toas mis entrañas. Deliro por ti. Tus ojos son mi lú; tus caprichos me

mandan. No sé negarte ná, ni quiero tampoco; que mi contento es verte satisfecho y a gusto. Y si soy güena es por ti, y si mala, por tí. Y por ti, mis penas, y tó por ti. ¡Tan tuya soy, que ná soy mío! ¡No me digas que no te quiero, Manolo!

Manolo. Entonses, ¿a qué te resistes? Si no sabes negarme ná, ¿a qué me niegas lo que te pido? Más que el oló de los jazmines que embarsama el aire, me emborracha a mí el oló de tu carita morena. ¡Asércate, chiquiya! (Dentro, se supone que en la taberna de Curro, suena el maravilloso y evocador pasacalle de Font de Anta, «La Cruz de Mayo», tocado por una bandurria y una guitarra.) Echan fuego tus manos, y en tus ojos arde la calentura que te achicharra er cuerpo. ¡Ven acá! (La abraza.) Si tiene que sé, si hemos nasío pa eso, pa quemarnos juntos como dos brasas en la misma hoguera.

Pimienta. (Sintiéndose desfallecer.) ¡Déjame, Manolo! Suerta. ¿No me ves? ¡Suértame!

Manolo. ¡Chiquiya mía!

Pimienta. ¡Manolo!

(Están estrechamente unidos por un abrazo, mirándose con ojos llenos de deseos y de promesas.)

Rocío. (Levantándose.) Güeno, pero ¿qué se había hablao de í a la Crú de Mayo der corrá der Conde?

Manolo. (Levantándose también y disimulando.) Pos que, por mi parte, no hay inconveniente.

Tableta. Y que me han dicho que está presiosa.

Pimienta. (A Rocío.) ¿Te has acordao ar sentí la música?

Rocío. ¡Quisá!

Tableta. (Coincidiendo con la música.) «¡La mejó Crú de Mayo, que hay en Triana!»

Pimienta. (Levantándose.) ¡Vamos cuando queráis!

Tableta. Ya mismo.

Pimienta. Entro por mi mantón. (Vase por la derecha.)

Manolo. (A Rocío y a Tableta.) ¿Qué? ¿Habéis hecho las pases?

Tableta. ¡A vé! Cuando uno no quiere, dos no riñen.

Manolo. Y en este caso, ¿quién era er que no quería?

Rocío. ¡Los dos!

Tableta. ¡Y ole mi niña!

(Por la derecha, sale PIMIENTA, con un mantón de crespón, negro, liso, puesto en forma de chal.)

Pimienta. ¡Andando!

Tableta. (Invitando a salir a Rocío, por la puerta del foro.) ¡Echa tú delante, marchosa!

«¡Que repiquen las campanas,
que se ha puesto mi morena
claveles color de grana!»

(Salen por el foro Rocío y Tableta, y se les ve pasar por la ventana.)

Manolo. ¿Vamos?

Pimienta. Sar tú primero, que yo he de serrá.

(Sale Manolo. Pimienta sale también, y cierra con llave, desde fuera, la puerta del foro. Luego, aparecen los dos tras de la reja.)

Manolo. (Dándole el brazo a Pimienta.) De mi braso. ¡Así! ¡Pa da envidia ar barrio entero!

Pimienta. ¡Anda, que nos esperan!

Manolo. ¡Déjalos que vayan delante! Nosotros, despasito, detrás; sin prisa, mu juntitos, mu juntitos, amarraos por esta cadena que nos une pa siempre. ¡Míra-me, chiquiya!

«Tus ojos y mis ojos
se han enredao,
como las sarsamoras
en los vayaos.»

Pimienta. (Entregada.) ¡Manolo!

Manolo. ¡Pimienta!

(Se dan un beso y desaparecen. La guitarra que suena en la taberna de Curro, cambia el ritmo del pasacalle por un preludio de malagueñas, y dentro se oye una voz fresca, de hombre o de mujer, que canta la siguiente copla.)

Voz. (Dentro.)

«Aqueya firmesa tanta
y aquer ponderao amó
y aquer no viví sin verme,
¡qué pronto se te acabó!»

(La noche es de primavera y huele a azahares. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salita de recibo en casa de la señá María. Portón al foro, por el que se ve, al abrirse, el descansillo de la escalera. A la derecha, un balcón que da a la calle. A la izquierda, una puerta que comunica con el interior de la casa. En los huecos, cortinas blancas. Al foro izquierda, una cómoda, y en el centro de la escena, una mesa camilla. Sillas de paja. Suelo de losetas blancas y negras. Del techo, sobre la mesa, pende una bombilla de luz eléctrica. Todo muy arregladito y muy limpio. Es de día, por la tarde. Se supone que del acto primero al segundo han transcurrido dos meses.

—

(Al levantarse el telón, aparecen en escena la SEÑÁ MARÍA, LA COBERA, y las VECINAS 1.ª y 2.ª. La Cobera está sentada en primer término, junto a la mesa, y la señá María, de pie, con el portón abierto, despidiendo a las Vecinas 1.ª y 2.ª, que se hallan en el descansillo de la escalera.)

Vecina 1.ª ¡Quéese usté con Dios, y que sea enhoragüena.

Vecina 2.ª Lo mismo digo, señá María.

Señá María. Grasias, muchas grasias; que Dios se lo pague a ustés.

Vecina 1.ª Y ya vendremos luego a despedí ar fenómeno.

Señá María. Pero, ¿pa qué se van ustés a molestá?

Vecina 2.ª Ar contrario; tendremos mucho gusto.

Señá María. Como ustés quieran. Ya saben ustés que esta es su casa.

Vecina 1.ª Repito, ¿eh?

Vecina 2.ª Güenas tardes, señá María.

Señá María. Vayan ustés con Dios. Y muchas grasias, muchas grasias, vesinas. (Cierra el portón y vuelve a escena, sentándose junto a la mesa, al lado opuesto del que ocupa la Cobera.) Esto es to er día y a toas horas. Desde er triunfo de mi Manolo er domingo pasao, que esta casa es un jubileo.

La Cobera. Como que es usté la mujé de la suerte, señá María.

Señá María. No me quejo, Cobera.

La Cobera. ¡Tendría que vé que se quejara usté después de que Dios ha venío a visitarla con ese hijo!

Señá María. ¿Quién me lo iba a desí? Pero fíjese usté en lo que son las vocasiones. Desde chiquitiyo que mi Manolo no ha tenío otro pío que er sé torero. ¡Y cuidao que ha yevao palisas por eso!... Pero como si ná. Y es que er que nase pa una cosa...

La Cobera. En artromovi la hemos de vé a usté paseando por las Delisias.

Señá María. ¡Quién sabe, Cobera!

La Cobera. ¡Por sabío! ¡Pos no va a ganá dinero ni ná el angelito! Yo he oído desí que torea mejó que Bermonte. Y así debe sé; porque pa yevarse las dos orejas de los dos toros que mató en la primera tarde que artuaba en Seviya, ya hase farta que el muchacho se traiga facurtades y estilo, que en Seviya, comadre, se chanela mucho de eso y la gente no se deja engañá tan fásirmente.

Señá María. Don Bardomero, er representante e la Plasa, me ha dicho a mí que en er terreno que torea mi Manolo y con el aplomo con que aguanta a los bichos, no ha toreao ni los ha aguantao nadie.

La Cobera. ¡Pos ayúdeme usté a sentí! Eso son muchos biyetes y muchas corrías pa su hijo.

Señá María. ¡Usté verá! Como que er domingo fué cuando armó aquí er arboroto y er lunes tenía ya en su podé un telegrama de la empresa de Madrí contratándolo pa er domingo siguiente, o sea pasao mañana, con tres mir pesetas.

La Cobera. ¡Muchos biyetes, señá María; muchos biyetes! Y que Dios se los aumente.

Señá María. Yo le confieso a usté que tó esto me paese un sueño. Estoy como atontá, sin sabé a siensia sierta lo que me pasa.

La Cobera. Lo creo.

Señá María. Porque ha sío tó tan rápido, tan de pronto, que no me ha dao lugá ni a pensarlo.

La Cobera. ¡Es naturá! Pa usté como si le hubiera tocao la lotería.

Señá María. Argo así, Cobera. (Dentro, en el portón del foro, suenan unos golpes, como si alguien llamara con los pies. La señá María se levanta.) ¡Va, va! ¿Quién será er bestia que nos viene? (Abre el portón, y en el descansillo de la escalera aparece TABLETA, con ocho o diez paquetes. Viste traje nuevo, de americana, con cuello y sin corbata.) ¡Tableta! ¡Hijo, pero qué modo de yamá! ¿No sabes que hay un timbre?

Tableta. ¡Como no quisiera usté que lo hubiese tocao con la punta e la narí, lo que es con otra cosa!... ¡Salú, Cobera!

La Cobera. ¡Salú, mosito!

Señá María. ¿Ande vas con tó eso?

Tableta. ¡Er trusó de su niño! Váyase usté hasiendo cargo... (La señá María le va quitando paquetes y dejándolos sobre la mesa. Tableta va diciendo lo que hay en cada uno de ellos.) Camisas. Carsetines de sea. Pañuelos. Cueyos y puños. Carsonsiyos. Corbatas. Camisetas. Sapatos. ¡Y un *pijuana!*

Señá María. ¿Er qué?

Tableta. ¡Un *pijuana*, señora; una cosa que ahora se yeva mucho pa resibí visitas en la arcoba!

Señá María. ¡Ah, ya!

Tableta. De parte de Manolo, que lo meta usté tó en er baú y que tenga usté listo el equipaje pa cuando ér venga.

Señá María. Y ér, ¿ande se ha quedao?

Tableta. En la serveseria con unos amigos y con un corro de gente por delante que ni la Plasa e San Fransisco en Jueves Santo. ¡Se lo rifan!

Señá María. ¡Hijo de mi arma! (Cogiendo unos cuantos paquetes.) Con su permiso, Cobera, voy a...

La Cobera. ¡No fartaba más! La dejo a usté, que yo también tengo que hasé mis cosas. ¡Hasta luego, señá María!

Señá María. ¡Hasta luego, Cobera! (Vase por la izquierda.)

La Cobera. (Levantándose.) ¡Adiós, hombre!... ¿Quién te conose, tan elegante? Er que a güen arbo se arrima... ¡Estás hecho un paquete!

Tableta. No le diré a usté que no. Como he venío con ocho, pué que der rose se me haya pegao argo y sea yo un paquete más. ¡Es mu posible!

La Cobera. ¡Suerte, hijo mío!

Tableta. Muchas grasias, señora.

(La Cobera abre el portón y en el descansillo de la escalera aparece ROCIO.)

La Cobera. (A Tableta.) Mira a quien tienes aquí. (A Tableta y a Rocío.) ¡Quearse con Dios! (Vase por el foro.)

Tableta. ¡Rosío!

Rocío. En tu busca vengo.

Tableta. Pos a mí, quien me busca me encuentra.

Rocío. ¿Dónde está Manolo?

Tableta. ¡No me hables de Manolo, que me trae frito! Pero, ¿en qué queamos? ¿Es a Manolo o es a mí ar que tú buscas?

Rocío. Tú contéstame. ¿Dónde está?

Tableta. En la servesería e la caye e Tetuán acabo de dejármelo.

Rocío. ¡Los hombres!... ¡Er mejó, tostao y molío! Hay que andá con eyos con más cuidao que con un gato en la cosina. Si no se les tiene a raya, como yo a ti, ar menó descuido se te han comío hasta los garbansos der puchero.

Tableta. Y, ¿a qué viene eso?

Rocío. ¡Yo me entiendo!

(Por la izquierda sale la SEÑÁ MARÍA a recoger los paquetes que quedan en la mesa.)

Señá María. ¡Dios te guarde, Rosío!

Rocío. Güenas tardes, señá María.

Señá María. ¿Querías argo de mí?

Rocío. No, señora.

Señá María. Dispénsame, hija, que no te atienda, pero tengo los minutos contaos... Oye, Tableta, los estoques ¿van también en er baú?

Tableta. No, señora; esos los yevo yo a la mano.

Señá María. ¡Menos má! Porque es que son tantas

las cosas que hay que meté, que me farta sitio. (Vase por la izquierda.)

Rocío. ¡Qué gana de presumí! Totá pa dos mudas que yevará.

Tableta. ¿Dos mudas? ¡Y catorse también!

Rocío. ¿Ah, sí? Y ¿dónde ha escarbao?

Tableta. ¡Anda ésta! La Empresa de aquí, que le ha prestao cuatro mir pesetas. ¡Y que no se las había acabao de pedí cuando ya las tenía en la mano!

Rocío. ¡Granuja!... ¿Tú sabrás que desde er domingo que toreó no ha aparesío por casa e mi prima?

Tableta. Sí lo sé. Y eso es lo que me tiene fastidiao de una forma... No me pensé yo nunca que Manolo fuera así. ¡Te lo juro!

Rocío. Pos te arvierto que mi prima no está dispuesta a que se marche sin verla.

Tableta. Difísi va a sé, porque er tren sale a las ocho y son las seis...

Rocío. Es que eya piensa vení aquí.

Tableta. En ese caso...

Rocío. ¿Crees tú que hay derecho a portarse así con una mujé como Pimienta? ¡Pena da de vé a la pobresiya! Consumía está por er yanto, traspasá de doló... ¡Con lo que era pa eya su Manolo!...

Tableta. ¿Qué me vas a desí? Pero es que a esta criatura se le ha subío er triunfo ar tejao y ya no piensa más que en eso, y una infanta de España le paese poco pa é. ¡Fantasías! Su ambisión, que la yevaba ocurta, y con el ersito der domingo se le ha desarroyao, que hasta la ropa le viene estrecha. Tres o cuatro veses le he apuntao yo lo de í a casa de Pimienta y otras tantas me ha dao un bufío y me ha dicho: —¡Eso pasó, Tableta! Y como no fartan fursias que le escriban cartitas, pos ahí tienes tú que, engolosinao con la novedá de tratá ca día con una mujé distinta, no hay quien lo yeve a su sendero.

Rocío. No lo quiero pensá. Te partisipo que mi prima es capáz de hasé una locura.

Tableta. Motivos sobraos tendrá pa eyo.

Rocío. ¡Los hombres, los hombres!... ¡Tós iguales! (Cogiendo a Tableta de las solapas de la americana.) Si tú me salieses así también... ¿Tú ves estas manos?... (Lo zamarrea.)

Tableta. (Asustado.) ¡Rosío! ..

Rocío. Pos con eyas te hasía migas. ¡Así! ¡Así!

Tableta. ¡Rosío, por tu madre, que es er traje nuevo!

(Empujando el portón del foro, que estará a medio cerrar, entra en escena EL GUÁCANA, un señorito andaluz, que es una pólvora. Hombre de treinta y tantos años, viste bien, pero con algún detalle de mal gusto: la corbata, el pañuelo, las botas. Habla por los codos y casi siempre acompaña sus palabras con una risa escandalosa.)

El Guácana. (Encarándose con Tableta.) ¡Hola, so guácana!

Tableta. ¿A qué vienes tú aquí?

El Guácana. Mandao por Manolo pa desí que no le metan er pijama en er baú, que lo nesesita pa er tren.

Tableta. Pero ¿en er tren se va a poné ese traje? ¡Va a paresé una cupletista!

El Guácana. Yo cumplo el encargo que me han dao.

Tableta. Pos entra ahí y díselo a su madre.

(El Guácana se va por la izquierda.)

Rocío. Oye, tú, ¿quién es ese?

Tableta. ¿Ese? ¿Qué más quisiera yo que saberlo? Es un punto que se nos presentó er domingo pasao en er patio e cabayos, después de la corría, y se enreó a darle abrasos a Manolo y a yamarnos a tós los que estábamos ayí de tú y que, desde entonses, es nuestra pesaiya. No nos deja ni a só ni a sombra. ¡A Madrí se viene esta tarde con nosotros! Conose a medio mundo, pero a é no lo conose ni Dios. ¡Es una incórnita! Nosotros pa entendernos con é, le yamamos er Guácana, porque es una palabra que, como habrás visto, no se le cae de la boca. Ya lo has oído en cuanto ha entrao. ¡So guácana!

Rocío. ¡Es curioso! Y ¿por qué no le preguntáis a é cómo se yama?

Tableta. Porque a un tío que te habla de tú no hay cara pa preguntarle eso.

(Por la izquierda sale EL GUÁCANA.)

El Guácana. ¿Qué hay, so guácana?

Tableta. (A Rocío.) ¿Estás viendo? (Al Guácana.) Pos tú dirás. ¿Y Manolo?

El Guácana. Ahora viene pa acá con Bardomero. Yo

me he adelantao pa yegá a tiempo de que no serraran er baú. (Fijándose en Rocío.) ¿Quién es esa morucha?

Tableta. ¿No la conoses?

El Guácana. No tengo er gusto...

Tableta. Será la primera persona que tú no trates. Es mi novia.

El Guácana. ¿Tu novia? Preséntame.

Tableta. ¿Que te presente?... ¡Güeno! Ven acá, Rosío. ¡Mi futura! Mi amigo... ¡Er Guácana!

El Guácana. ¡So guácana!

Rocío. Servidora de usté.

El Guácana. Yo lo soy de usté. ¡Es una rosa! ¡Sin suerte que tiene este Tableta!

(Por la izquierda sale la SEÑÁ MARÍA, con el paquete que contiene el pijama.)

Señá María. Oiga usté, don Guácana... (Rocío y Tableta se ríen a hurtadillas.)

El Guácana. ¡Señá María!

Señá María. Aquí está ésto. ¿Qué hago con eyo?

El Guácana. Guardarlo en la maleta.

Señá María. Está mu bien. (Vase por la izquierda.)

Rocío. (A Tableta.) Güeno, quéate con Dios, que yo voy a avisarle a esa, antes de que sea más tarde.

Tableta. Como quieras, pero que se dé prisa en vení.

Rocío. Descuida. (Al Guácana.) ¡Que usté lo pase bien!

El Guácana. ¡Vaya usté con Dios, prenda!

Rocío. ¡Hasta ahora, Tableta! (Vase por el foro.)

El Guácana. No sabía yo que tú te traías estas cosas, so guácana. ¡Se pué mirá a la mosita!

Tableta. Estás equivocao.

El Guácana. ¿Cómo?

Tableta. ¡No se la pué mirá!

El Guácana. ¡Hombre, sí!

Tableta. ¡Te digo que no! ¡Porque yo le parto la cara ar que la mire!

El Guácana. (Echándose atrás.) ¡Tableta!

Tableta. ¡Ná más! ¡Conque ojo!

El Guácana. ¡Camará! No te conosía en ese asperto.

Tableta. ¡Y tanto! ¡Como que no me conoses! (¡Ni yo a tí!)

(Dentro, hacia la derecha, se oyen murmullos, como de gente que se acerca. Tableta y el Guácana se asoman al balcón.)

El Guácana. ¿Eh? ¿Qué es eso?
Tableta. ¡Que ya está ahí Manolo!
El Guácana. ¡Y er gentío que trae!
Tableta. No lo dejan andá.
El Guácana. ¡Hay que ve qué hombre! En una tarde se ha hecho el amo de Seviya.

(Por la izquierda sale la SEÑÁ MARÍA.)

Señá María. ¿Qué pasa? ¿Qué ruido es ese?
El Guácana. Su hijo de usté que yega.
Señá María. ¡Hijo de mis entrañas!
Tableta. ¡Y que lo traen en parmas, como siempre!
Señá María. No pué salí a la caye. ¡Hijo de mi vida!

(Abre el portón y en el descansillo de la escalera aparecen MANOLO y DON BALDOMERO. Este último es un señor de cuarenta años, muy simpático y decidor. La señá María se abraza a su hijo y le estampa dos sonoros besos en las mejillas.)

Manolo. ¡Grasias a Dios! Creí que no yegábamos.
Don Baldomero. No hay pueblo tan novelero como éste. (Saludando a la señá María.) ¿Qué tar, señora?
Señá María. Pa serví a usté, don Bardomero.
Don Baldomero. Tiene usté un hijo que, hoy por hoy, es la atrarsión de Seviya entera. ¡Vergüensa da de í con é por las cayes!
El Guácana. ¿Vergüensa? ¡Orguyo querrás desí, Bardomero!
Don Baldomero. Eso tú, que te pirras porque te vean ar lao de los héroes populares pa darte importansia, creyendo que así te conose la gente. ¡Y claro que te conose, pero de qué modo!... ¡De armiradó primero!
El Guácana. ¡De armiradó, primero, y de amigo después!
Don Baldomero. ¡No seas idiota!
El Guácana. ¡Bardomero!
Don Baldomero. ¿Cuánto apuestas a que ninguno de los que están aquí sabe cómo te yamas?
Manolo. ¡Hombre, don Bardomero!...
Don Baldomero. ¿Lo sabes tú?
Manolo. ¿No lo voy a sabé?
Don Baldomero. ¡Mientes! (A la señá María.) ¿Y usté? (A Tableta.) ¿Y tú?

Tableta. ¡Ya lo creo! ¡Er Guácana! (Todos se ríen.)

Don Baldomero. (Al Guácana.) ¡Pa que te convensas! (A los demás) Como se yama éste, no lo sabe ni é.

Tableta Y usté ¿sí?

Don Baldomero. ¡Tampoco! (Nuevas risas.)

El Guácana ¡Vaya! ¡Es que hoy la has tomao conmigo, Bardomero!

(Empujando el portón del foro asoma la cabeza VICENTE.)

Vicente. ¿Se pué pasá?

Manolo. (Con alegría.) ¡Visente! ¿Cómo estás, chiquiyo? (Se abrazan.)

Vicente. ¡Que no quería que te marcharas sin darte un abraso!

Manolo. ¡Pasa, hombre!

Vicente. ¡Que Dios la bendiga a usté, señá María.

Señá María. ¡Hola, Visente!

Tableta. ¡Visentiyo!

Vicente. ¡Tableta! (Se abrazan también.)

Señá María. (A don Baldomero y al Guácana.) Un compañero der tayé.

Manolo. (A Vicente.) Güeno, hombre, siéntate. ¿Qué te cuentas?

Vicente. ¡Eso, tú! Ya me he enterao de tó. Te felisito.

Manolo. Grasias.

(La señá María, el Guácana y don Baldomero forman grupo a la izquierda.)

Vicente. Si estabas con esos señores...

Manolo. Son de confiansa. Siéntate.

(A la derecha se sientan Manolo, Tableta y Vicente.)

Vicente. ¡Ar fin se te logró tu deseo!

Manolo. ¡Ar fin! ¿Has visto?

Vicente. Y que creo que tuviste er santo de cara toa la tarde. Yo no fuí porque ya sabes que no soy afisionao, pero me han contao que armaste el escándalo.

Manolo. ¡Una tarde pa no orvidarla nunca, Visente! ¡Que te diga Tableta!

Tableta. ¡Un pasmo, chiquiyo! Le dieron las orejas, los rabos, las pesuñas y hasta un solomiyo, a petisión der público, der segundo toro. Estuvo colosá, desde er prinsipio ar fin. Hubo que vé con la maestría con que

tomó de capa ar primero: un marrajo pregonao, con dos velas así, que eran dos lansas. Se fué pa é y lo esperó en los medios, abrió er capote y ¡sás! una verónica bordá ar rearse con oro y piedras finas, que levantó en vilo a toa la plasa. Y se le vuerve er bicho y ¡sás! otra mejó que la de antes y luego otra mejó y otra mejó, hasta seis. ¡Aqueyo fué er delirio! Echaban humo las parmas y er rueo se convirtió en er sardo de una sombrerería. ¡Pos no te digo ná a la hora de matá!... ¡Qué pases los que dió esta criatura! ¡Vaya temple y finura y sircunstansias! ¡Qué tiene que hasé lo de Bermonte! ¡Mucho más! A dos purgás de los pitones se hinchó de toreá, pero con un sabé, con una sarsa que era chuparse los deos de gusto. Y pa finá, un estoconaso en la misma crú, der que salió er morlaco roando, patas arriba. ¡Er desmiguen, la intemerata, er nir novun sursuelo, que me desía er cura e la plasa, a la salía! ¡Es mucho Manolo! ¡Tiene en una mano er Banco España y en la otra la Casa e la Monea!

Vicente. Excuso desirte lo que yo me alegro, muchacho. Esperaba que hubieses ido por er tayé pa felisitarte, pero como no has querío aportá por ayí...

Manolo. ¡Caya, hombre! Pero, ¿tú crees que me han dejao minuto libre? Desde er domingo que no doy abasto pa í de un lao pa otro.

Vicente. ¡El hombre der día!

Manolo. Der día y de la noche ¡Si es no pará! A las sinco e la mañana me vengo recogiendo, cuando me recojo, que hay veses que ni descansá me dejan. ¿Tú sabes lo que es esto?

Vicente. Y esta tarde, a Madrí. ¿Toreas ayí er domingo?

Manolo. ¡A vé si Dios quiere darme la misma suerte que en Seviya!

Vicente. La tendrás. Sobre que yo creo que eso no es cuestión de suerte; o se yeva dentro o no se yeva. Y er que tiene una onsa, la cambia.

Manolo. De toas formas, Vicente... ¡Madrí es Madrí, y la plasa de Madrí pesa mucho!

Vicente. Mañana me voy yo.

Manolo. ¿A dónde?

Vicente. A Madrí.

Tableta. ¿Que te vas tú a Madrí?

Vicente. Me ha salío una colocasión en casa e Li

sarraga, me dan un güen suerdo y no están los tiempos pa desaprovechá las ocasiones.

Manolo. Y ¿por qué no te vienes hoy y hasemos juntos er viaje?

Vicente. Porque tú irás en primera, en el exprés, y yo no pueo costeá esos lujos. Mañana, en er correo, en un terserola... ¡A la Corte! Ayí nos veremos.

Manolo. Yo te pago la diferensia der biyete.

Vicente. Grasias, Manolo, pero ya me conoses. No me ha gustao nunca salirme der tiesto. Ca uno es ca uno y debe ocupá er lugá que le corresponde.

Señá María. (Destacándose del grupo y yendo hasta donde está Manolo.) Manolo, hijo, no es quitarte der gusto de está con Visente, pero dise don Bardomero que te fijes en la hora que es.

Manolo. (Volviendo la cara y dirigiéndose a don Baldomero.) Ya mismo voy.

Don Baldomero. Si te has de mudá de traje, no creas que nos va a sobrá mucho tiempo.

Manolo. Ya mismo.

Vicente. (Levantándose.) Satisfecho er gusto de saludarte, yo me marcho.

Manolo. (Levantándose también.) ¡Pero, quédate!

Vicente. No. Muchas grasias. ¡Que tengas mucha suerte, Manolo!

Manolo. ¡Dios te oiga! (Se dan la mano.)

Vicente. Señá María...

Señá María. ¡Adiós, Visente!

Vicente. (Dándole la mano a Tableta.) ¡Tableta!

Tableta. ¡Adiós, hombre! Y a vé si vas a vernos en Madrí.

Vicente. Haré lo posible. (A don Baldomero y al Guánaca.) Güenas tardes, señores.

El Guácana. Güenas tardes.

Don Baldomero. Servidó de usté.

Vicente. (A Manolo.) ¡Hasta la vista! (Vase por el foro.)

El Guácana. ¡Anda, hombre, que son las siete y de aquí a la estasión de Córdoba hay una tirá!

Manolo. ¿No está avisao er coche?

Don Baldomero. Sí.

Manolo. ¿Entonses? En er coche, en menos de diez minutos estamos ayí. Pero, vamos, vamos.

(Se van por la izquierda Manolo, Tableta, don Baldomero y el Guácana. La señá María también se va a marchar, cuando por el foro, aparece PIMIENTA.)

Pimienta. ¡Señá María!

Señá María. ¡Pimienta! ¿Tú aquí?

Pimienta. ¿No está Manolo?

Señá María. Ahora mismo acaba de entrá a mudarse de traje. ¿Quieres que lo yame?

Pimienta. ¡Déjelo usté! Ya sardrá. Prefiero antes hablá con usté. Casi será mejó.

Señá María. ¿Qué te pasa? Siéntate. (Se sientan.)

Pimienta. (Llorando.) ¡Que soy mu desgrasiá, señá María!

Señá María. ¡Muchacha!

Pimienta. ¡Su hijo de usté ya no me quiere!

Señá María. ¿Qué dises? ¡Vamos, criatura! ¡Pos si te quiere más que a mí!

Pimienta. Eso era antes, pero, ahora, de dos meses a esta parte, se ha ído distansiando de mí ca vé más y, desde er domingo que toreó, que no lo he vuerto a vé.

Señá María. Pero, ¿cómo es posible?

Pimienta. ¡Cosas de los hombres!

Señá María. Si no pué sé, si mi Manolo no veía más que por tus ojos...

Pimienta. Y yo ná hubiera dicho si su hijo de usté fuera sío uno de tantos que se cansan de la novia y que la dejan, pero Manolo tiene conmigo deberes que cumplí y no me pueo resirná, señá María.

Señá María. ¿Qué estás hablando?

Pimienta. La verdá. Aqueyo que usté sospechaba, viendo mi soledá y mi abandono, fué. Y Manolo, una noche...

Señá María. ¿Qué?

Pimienta. No pueó hablá, señá María. La vergüensa nubla mis ojos y seya mis labios.

Señá María. (Adivinandó.) ¿Que mi hijo y tú?...

Pimienta. ¡Lo quería tanto que no supe negarle ná! Y é...

Señá María. Basta. No sigas. Y después de eso ¿te ha dejao? ¿Y es mi hijo quien así prosede?... ¡Pos yo te juro que, poco he de podé, o se casa contigo! No yores, que aquí estoy yo pa defenderte. (Levantándose y yendo hasta la puerta de la izquierda.) ¡Manolo! ¡Manolo!

Pimienta. ¡Señá María!

(Por la izquierda sale MANOLO.)

Manolo. ¡Madre! (Al ver a Pimienta.) ¿Eh?
Señá María. Mira quien te aguarda.
Manolo. ¡Pimienta!
Señá María. Acabo de sabé lo que nunca hubiera querío sabé de ti; pero, si en un mar momento te orvidaste de sé lo que yo quiero que seas siempre,—¡un hombre!—a tiempo estás de repará tu orvido. Esta niña se fió de ti, y por fiarse, hoy yora sus penas. Yo espero que sabrás ampararla en su desgrasia y, porque lo espero, con eya te dejo pa que a solas os entendáis los dos. Piensa que no es de hombres vorvé la cara, después de realisao er daño, y que, si quieres que tu madre no se arrepienta de yamarte su hijo, hase farta que tú no seas capáz de cometé ninguna viyanía. Y no te digo más. Ahora... ¡a vé cómo te portas! (Vase por la izquierda.)
Manolo. ¡Pimienta!
Pimienta. ¡Grasias a Dios que te echo la vista ensima! Ha sío presiso que viniera a buscarte. Te ibas a í de Seviya sin despedirte de mí. ¡Qué güen pago ar queré que te he teníol
Manolo. Perdóname, pero no es mía la curpa, Pimienta. Er mucho que hasé, los compromisos...
Pimienta. Antes lo dejabas tó por í a verme.
Manolo. ¡Antes era antes y ahora es ahora!
Pimienta. Ya lo sé. Desde que te has hecho personaje que no quieres ná con los pobres.
Manolo. No me digas eso. Tú sabes...
Pimienta. Yo sé que puse en ti tó mi cariño, que te sacrifiqué cuanto una mujé pué sacrificarle a un hombre, que por estar siega no pude vé que no te meresías mi sacrifisio y que hoy, encumbrao por un capricho de la suerte, pa darte el adiós de despedía, he tenío que vení a tu casa. ¡Ya ves si sé bastante y si te querré toavía que, en lugá de escupirte, espero a escuchá tus discurpas, pa creérmelas por infundás que sean, porque este cariño mío se resirna a tó menos a perderte, Manolo!
Manolo. ¡Pimienta!
Pimienta. ¿Por qué no has ido a verme, di?

Manolo. Ya te lo he dicho, mujé; los compromisos, los amigos...

Pimienta. ¿Y tú no sabes que yo te esperaba? ¿Tú no sabes que me quedé en orasión pa que Dios te diera er triunfo que has conseguío? ¿Tú no sabes que aguardé en mi ventana a que se acabara la corría, pa enterarme de cómo habías quedao? ¿Tú no sabes que ar conosé la verdá me vorví loca de alegría? ¿Tú no sabes que ca vé que yegaba arguno a contarme tus proesas, los ojos se me yenaban de lágrimas, y que día y noche esperé, sin resurtao, a que fueras a contármelas tú, pa compartí contigo mi contento? ¡Tú no sabes ná, Manolo, porque no has sabío nunca quererme como te quiero! (Llora.)

Manolo. Güeno; mira, Pimienta, lagrimitas, no. Si has venío a haserme una ersena y a amargarme la tarde y a poné a mi madre en antesedentes de lo que no tenía por qué sabé, cambia er disco. Sobre que tengo los minutos contaos y no me quea tiempo pa explicarte lo que, por lo visto, quieres que te explique. De Seviya me voy, pero a Seviya he de vorvé, y ya habrá lugá pa que hablemos nosotros.

Pimienta. Te equivocas. Tú no sales de aquí, sin que antes ajustemos unas cuentas.

Manolo. ¡Que er tren no espera, chiquiya!

Pimienta. ¡Ni yo tampoco! Dime la verdá. ¿Te vas a casá conmigo? ¡La verdá, con franquesa; no te importe desírmela, que mi corasón ya está hecho ar desengaño!

Manolo. Pos sí que es una preguntita como pa contestarla así, de sopetón, y antes de un viaje.

Pimienta. Cuando un hombre quiere a una mujé y ha resibío de esa mujé las pruebas que yo te he dao, no tiene que pensá la respuesta, Manolo.

Manolo. Mira, Pimienta, mi vía ha cambiao. Yo no pueo ocuparme ahora más que de los toros, que son mi porvení; yegá a Madrí, triunfá, que me toquen las parmas... ¡Tiempo quea pa pensá en lo demás! Compréndelo.

Pimienta. ¿Y habla así quien me desía que pa é en er mundo no había más que yo?

Manolo. ¿Y qué quieres, chiquiya? Ná es eterno y tó muda, según er viento que sopla.

Pimienta. (Como una fiera.) ¿Qué?

Manolo. Mi rumbo es otro. ¡Déjame que siga mi camino!

Pimienta. ¡Bien está! No te goses en barrená mi hería. Vete con Dios, y que Er no te tome en cuenta esto que hases. Ha podío más tu ambisión que mi cariño y, aunque siempre lo sospeché, nunca pude imaginarme que habría de verlo confirmao.

Manolo. ¡Pimienta!

Pimienta. ¡Déjame, Manolo! Ná te exijo, porque ná me ofresiste; fuí yo quien te lo dió tó, porque estaba siega, porque te quería tanto, que creí que así te amarraba más a mi persona. Esa fué mi tòrpesa, y bien cara la pago. Debí pensá que en transe de sacrifisio en vosotros, los hombres, tó es cárculo y conveniensia. Fuera ar revés, y hubieras tú visto que en las mujeres no hay más que corasón.

(Por la izquierda sale EL GUÁCANA.)

El Guácana. Pero, güeno, Manolo, ¿tú es que quieres que perdamos el tren? ¡Que son las siete y media!

Manolo. Ya mismo nos vamos. (Acercándose a Pimienta.) ¡Adiós, Pimienta! ¡No seas tonta, mujé! A mi vuerta, hablaremos.

Pimienta. Me paese que tú y yo no tenemos ya ná que hablá.

Manolo. Como quieras. ¡Que conste que quea por ti! ¡Vamos, Guácana!

(Se van por la izquierda Manolo y el Guácana. ROCIO entra por el foro.)

Pimienta. (Con ira.) ¡Canaya! ¡Charrán! ¡Granuja!

Rocío. ¿Qué ha pasao?

Pimienta. ¡Que no hay un hombre que se merezca las lágrimas de una mujé! (Y se echa a llorar, sentándose en un rincón de la escena y ocultando su cara entre las manos.)

Rocío. ¡Qué verdá tan grande! ¡Los hombres, los hombres!... ¡Y pensá que no podamos pasá sin eyos!...

(Por la izquierda, salen la SEÑÁ MARÍA, EL GUÁCANA, MANOLO y DON BALDOMERO. Manolo trae puesta una gabardina y una gorra de viaje. La señá María sale abrazada a su hijo. Por el foro, entran en escena LA COBERA, VECINAS 1.a y 2.a, UN VECINO y algunos VECINOS y VECINAS; otros se quedan en el descansillo de la escalera.)

Señá María. ¡Adiós, hijo de mi arma! ¡Adiós, mi sielo! ¡Que er Señó te traiga con bien a mis brasos!

Manolo. ¡Adiós, madre!

El Guácana. ¡Hasta la vuerta, señá María!

Señá María. ¡Mucha suerte, mucha suerte!

Don Baldomero. (A la señá María.) ¡Adiós, señora!

El Guácana. ¡Vendrá consagrao!

La Cobera. ¡Suerte, Manoliyo!

Un Vecino. ¡Suerte, Manolo!

Manolo. Grasias, muchas grasias. (Reparte apretones de manos entre todos y, por último, se vuelve a abrazar a su madre.) ¡Adiós, madre!

Señá María. (Llorando.) ¡Adiós, hijo mío!

(Salen por el foro Manolo, el Guácana y don Baldomero; Manolo sin fijarse en Pimienta, que sigue llorando, sin levantar la cabeza del respaldo de la silla.)

Vecina 1.ª (Consolando a la señá María.) ¡Vamos, señá María!

Vecina 2.ª ¡No yore usté!

(Entre las Vecinas 1.ª y 2.ª acompañan a la señá María al balcón. Otros vecinos también se asoman y, en último término, la Cobera. Por la izquierda, sale TABLETA con el fundón de los estoques en una mano y una maleta en la otra.)

Tableta. Ahora subirán por er baú.

Rocío. ¡Adiós, Tableta!

Tableta. ¡Adiós, Rosío!

Rocío. ¡Que no te aserques a los toros, por tu salú!

Tableta ¿Quién? ¿Yo? ¿Asercarme a los toros? ¡Vamos, mujé, si la primera base que he puesto en nuestro sindicato es que los mosos de espás vengamos obligaos a entregá ar mataó los estoques desde un parco!... ¡No te preocupes! ¡Adiós, Rosío!

Rocío. ¡Adiós, Tableta! (Vase Tableta por el foro. Dentro, como si fuera en la calle, se oyen murmullos.)

Un Vecino. (Desde el balcón.) ¡Ya salen!

Voz. (Dentro, en la calle.) ¡Viva Manué Lusena!

Varias voces. (Dentro.) ¡Viva!

(Rocío se acerca a Pimienta, la cual, al oír los vivas de la calle, se levanta como impulsada por un resorte.)

Pimienta. ¡Y se va! ¡Y me deja! ¡Y a pesá de tó... lo quiero! ¿Y he de aguantá esta humiyasión, este despresio?... ¿El a triunfá y yo a repudrirme aquí sola, lejos

de é?... ¡No! ¡Ese no sabe toavía de lo que yo soy capáz! (Adoptando una resolución, se dirige a la Cobera y la llama.) ¡Cobera!

Rocío. (Sujetándola.) Pero, chiquiya, ¿qué vas a hasé?

Pimienta. ¡Lo tengo desidío! (Desprendiéndose de Rocío.) ¡Cobera!...

(La Cobera se vuelve y Pimienta habla con ella en voz baja. En el rostro de la Cobera se dibuja una sonrisa de satisfacción. Un momento después salen por el foro Pimienta y la Cobera.)

Rocío. (Horrorizada al ver salir a su prima, y llevándose las manos a la cabeza.) Pero, ¿a dónde vas, chiquiya? (Llamándola a gritos.) ¡Pimienta! ¡Pimienta! ¡Ay, Dios mío de mi arma! ¡Se ha vuerto loca! ¡Se ha vuerto loca! ¡Pimienta! ¡Pimienta! (Sale corriendo detrás de ella por la puerta del foro. En la calle suenan aplausos.)

Voces distintas. ¡Viva Manué Lusena!

Otras voces. ¡Viva!

(Todo esto casi simultáneo. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Hall del Hotel Internacional, en Madrid. La decoración podemos considerarla dividida en tres partes. Es la primera el hall propiamente dicho, y termina a su foro con una galería de cristales en cuyo centro hay una gran puerta, también de cristales, abierta a un pasillo; en la pared lateral derecha, aparato telefónico colgado en segundo término y en primero un sofá de junco que, con un butacón al lado y otro un poco más hacia el centro de la escena, forman un tresillo; en la pared de la izquierda, una puerta al centro, con cortinas, y a ambos lados de ella aparatos de luz, que hacen juego con otro que hay sobre el sofá de la derecha. En el centro de la escena una mesa circular, con tablero de mármol y sobre ella varios periódicos y revistas; un par de sillas de junco cerca de la mesa y otras junto a la puerta lateral. En los rincones del foro, dos macetones con plantas. Cubre toda la superficie del hall, una montera de cristales. Suelo de mosáicos. La segunda parte de la escena es el foro de la primera: un pasillo que corre a derecha e izquierda, tras la galería de cristales antedicha y que comunica con las dependencias del hotel. Frente a la puerta, colgando del techo, un gran farol. La tercera parte es foro de la anterior: el zaguán del hotel, con puertas abiertas en el muro que separa al zaguán del pasillo y que funcionan indistintamente hacia dentro o hacia afuera. Termina el zaguán con una gran puerta de madera, de dos hojas, por la que se verá un forillo de calle, con el que se completa la decoración. Es de noche, en la madrugada. Se supone que ha transcurrido un año.

—

(Al levantarse el telón aparecen, en el hall, CAMPANA y RODAO, picador y banderillero, respectivamente, de la cuadrilla

de Manolo, y en el pasillo, junto a la puerta que da al zaguán, UN MOZO DEL HOTEL y UN AFICIONADO. Campana está tendido en el sofá, arrebujado en una manta de viaje, roncando a pierna suelta; Rodao, sentado en el butacón, de frente al público, también ronca. Rodao tiene puesta una gorra, echada hacia la cara y se cubre las piernas con una gabardina. Ambos son andaluces. El mozo del hotel viste traje negro de americana y corbata blanca, y el aficionado un traje claro de lanilla. El hall está apagado y el farol del pasillo encendido. El mozo del hotel tendrá una silla junto a la puerta.)

Un aficionado. Y el médico, ¿qué dice?

Un mozo del hotel. (Con acento gallego.) Hasta ahora nada. Creo que iba a levantarle el *apropósito* para hacerle una nueva cura.

Un aficionado. ¡Pobre Manuel Lucena!

Un mozo del hotel. ¡Pobriño! Para mi que no sale de la noche. Llevaba la *cerradura* de la muerte pintiparada en el rostro cuando le trajeron acá.

Un aficionado. ¡Qué pérdida pa la afición! Un muchacho que hubiera quitao muchos moños, si llega a cuajarse. Un año escaso toreando y se había hecho el amo de las plazas. Y el día de la alternativa en Madrid... ¡Mire usté que esaboríción! ¡Y qué cogida más tonta! Al salir de un quite, confiao en que el toro se había quedao aplomao, cuando saludaba al público, le enganchó por la pierna y... ¡Qué mala sombra!

(Por la derecha del pasillo sale TABLETA, llorando, apoyado en VERITA, un chico periodista.)

Un mozo del hotel. Ahí sale su mozo de estoques.

Un aficionado. (Acercándose a Tableta.) ¿Qué hay, Tableta? ¿Cómo sigue?

Tableta. Mu mar, mu malito.

Un aficionado. ¡Vaya por Dios! ¡Pues que haya alivio, hombre, me alegraré!

Tableta. Muchas grasias. (Tableta y Verita entran en el hall y se sientan a la izquierda.)

Un aficionado. (Al mozo.) ¡Adiós, amigo!

Un mozo del hotel. ¡Páselo bien!

Un aficionado. ¡Pobre Manuel Lucena! (Vase por el foro hacia la calle. El mozo del hotel se sienta en la silla del pasillo.)

Verita. (A Tableta, que sigue llorando,) ¡Vamos, chico

no llores más! Hay que ser hombre y tener valor para afrontar las cosas. Y, sobre todo, lo último que se pierde es la esperanza. Ya has oído al doctor; que no es un caso desesperado, ni mucho menos.

Tableta. ¡Ay, Verita! Es que tú no sabes lo que es Manolo pa mí. Yo no era nadie; un granujiya tirao en el arroyo, que no conosió a sus padres, y Manolo me recogió, me yevó ar tayé donde trabajaba, me dió acobijo en su casa, me sentó a su mesa, fué, a un tiempo, mi padre y mi hermano y mi amigo y mi compañero. ¡Si se muere, se me muere con é tó en este mundo!

Verita. Pero, ¡qué se va a morir! Grave está, pero no tan grave como para pensar que no tiene solución. Tranquilízate. Dios querrá sacarlo con bien.

Tableta. Ar Señó der Gran Podé le he ofresío í descarso detrás suya, cuando lo saquen en prosesión, si hase que Manolo se sarve.

Verita. ¡Pues cuéntate ya a pie desnudo por las calles de Sevilla!

Tableta. (Esperanzado) ¿Tú crees, Verita?

Verita. ¡Claro está!

Tableta. Es que yo lo veo tan agotao, tan sin fuersas...

Verita. La pérdida de sangre. Por eso le están poniendo las inyecciones, para reanimarle... ¡No te apures, hombre!

Tableta. ¡Si Dios hisiera ese milagro!...

Verita. (Después de una pequeña pausa y señalando a Campana y a Rodao, que siguen roncando.) ¡Mira éstos, en cambio, qué tranquilos están! Aprende.

Tableta. ¡Si a mí me importara Manolo lo que a eyos!...

Verita. Pues individuos son de su cuadrilla, como tú; Campana, el picador favorito, y Rodao, el peón de confianza.

Tableta. Pero er que más yeva ocho meses ar lao de Manolo y yo yevo diez años. ¡Va diferensia, Verita! Sobre que eyos están aquí por la negra honriya, pa que mañana digan los periódicos que la cuadriya se queó velando al herío—¡que ya ves la vela!—y yo me he quedao por gusto y por debé, porque era mi obligasión. Te repito que hay diferensia.

(Los ronquidos de Rodao y de Campana se perciben más claramente.)

Verita. ¡Caray! Como sigan así, van a romper los cristales de la montera con sus ronquidos.

Tableta. Es que son mu bestias los dos. ¡Rodao! ¡Campana!

(Ni Rodao ni Campana se inmutan. Por el foro entra, de la calle, UN REPARTIDOR DE TELÉFONOS.)

Un repartidor de Teléfonos. (Al mozo del hotel.) ¿Manuel Lucena?

Tableta. (Levantándose al oír el nombre.) ¿Eh?

Un mozo del hotel. (Al repartidor de Teléfonos, indicándole el hall.) Entra ahí.

(El repartidor de Teléfonos entra en el hall, llevando en la mano unos cuantos telefonemas.)

Verita. (Al ver al repartidor.) Más telefonemas. Y es la cuarta remesa.

Tableta. (Al repartidor.) Trae.

Un repartidor de Teléfonos. (Dándole a Tableta los despachos.) Veintidós vienen.

Tableta. Está bien. (Cortando los recibos y dándole éstos y unas monedas al repartidor.) Toma. Fírmalos tú.

Un repartidor de Teléfonos. Muchas gracias. ¿Cómo sigue el herido?

Tableta. Lo mismo, hijo.

Un repartidor de Teléfonos. ¡Que haya mejoría!

Tableta. Grasias, nene.

Un repartidor de Teléfonos. Buenas noches.

Tableta. ¡Adiós!

(Vase por el foro el repartidor de Teléfonos, hacia la calle.)

Verita. (Levantándose y quitándole a Tableta los telefonemas.) ¡Enciende ahí, que los leamos!

(Tableta da luz al hall. Campana y Rodao se despiertan al herir sus ojos la luz y se incorporan asustados.)

Campana ¿Eh?

Rodao. ¿Qué?

(Verita abre los telefonemas y los va leyendo para sí.)

Tableta. (A Rodao y a Campana.) ¡Descansá! No preocuparse.

Campana. ¿Y er mataó?

Tableta. Iguá.

Rodao. ¡Qué nochesita estamos yevando!

Campana. ¡Caya, hombre!

Rodao. Yo estoy molío.

Campana. Y yo atontao.

Tableta. Será de roncá.

Rodao. ¿De roncá y no he podío pegá un ojo?

Tableta. Pos hase un momento que erais mismamente un fagó y un piporro. ¡Vaya dúo!

Campana. ¡Quisá de la mala postura!

Tableta. Será eso.

Rodao. Estoy tronsao. (Bostezan los dos.)

Tableta. (Acercándose a Verita.) ¿De quién son?

Verita. De muchas partes: del Club Guerrita, del Gallinero valenciano, de la Peña Taurina de Zaragoza, del Círculo de Labradores de Sevilla... ¡Qué sé yo! Este es de su madre.

Tableta. ¿Qué dise?

Verita. (Leyendo.) «No ocultarme nada. Si es preciso saldré primer tren. Estoy sin vida hasta recibir nuevas noticias. Te abraza, llorando, tu madre».

Tableta. ¡Pobre señá María! Hay que ponerse en su caso.

Verita. ¿Tú le telegrafiaste quitándole importancia a la cosa?

Tableta. ¡A vé!... ¡Pero tú imagínate lo que habrá ahora mismo armao en Seviya! ¡Y sobre tó en Triana! (Echándose a llorar y encaminándose al pasillo.) ¡Várgame Dios, qué desgrasia tan grande!

Verita. ¿Adónde vas?

Tableta. A su cuarto.

Verita. ¡Pero, hombre!...

Tableta. ¡Quiero verlo, Verita; nesesito verlo!

Verita. No te quito la voluntad. Yo voy a llamar a mi periódico. (Vase Tableta por la derecha del pasillo, y Verita se dirige al teléfono y pide comunicación.) Con *La Independencia*, señorita, si me hace el favor. Bien. Gracias. (A Campana y Rodao, mientras le ponen la comunicación, pero sin quitarse del oído el auricular.) Buena noche se nos presenta, ¿eh?

Campana. ¡Caye usté, señó!

Rodao. ¡Ensima der palisón de esta tarde!

Verita. (Al aparato.) ¿Quién? Sí. Aquí, Verita. ¿Quién está en el aparato? ¡Ah! ¿Eres tú, Moreno? Oye, Moreno: en los apuntes que he mandado para la información de la cogida de Lucena, puedes añadir... ¡Toma nota! Que el herido continúa en igual estado; que el doctor Castillo—¡sí, Castillo!—a las tres de la mañana le ha hecho una nueva cura y le ha puesto unas inyec-

ciones de suero para reanimarle. Pronóstico gravísimo. ¿Me oyes? Bien.

Campana. ¡Diga usté argo de nosotros!

Verita. (A Campana.) ¡Ah, sí! (Al aparato.) ¡Atiende, Moreno! De la cabecera del lecho no se separan los individuos de su cuadrilla Campana y Rodao.

Campana. ¡Eso! Que, por lo menos, sirva de argo este mar trago.

Rodao. ¡Bien, Campana!

Verita. (Al aparato.) Luego te volveré a llamar. ¿Quién hay por ahí? ¿La Mimitos? Dale un beso en mi nombre. (Se ríe.) ¡Adiós, Moreno! (A Campana y Rodao.) No diréis que me he portado mal.

Rodao. Ar contrario.

Campana. Y, oiga usté, don Agustín, ¿cree usté que er mataó sardrá de esta noche?

Verita. ¡Hombre, yo, sí!

Campana. ¡Camará, pos si mañana hay que repetí la vela, nos hemos lusío!

Verita. ¡No seas bestia, Campana! ¡Anda, duerme, duerme, o vete a tu casa! Para lo que haces... ¡Y tú lo mismo, Rodao!

Rodao. ¡Quite usté! ¡Por Dios! ¡Fartaría más! Y eso que me acuerdo de mi cama y... (Bosteza.) ¡Esto es un potro! (Señalando a la butaca en que está sentado.)

Verita. ¡Pues, nada! ¡Sin compromiso! Como falta no hacéis. (Vase por la derecha del pasillo. Campana y Rodao se miran.)

Rodao. Ya ves. Ni lo agradesen siquiera.

Campana. ¡Apaga ahí, hombre, esa lú, a ve si podemos descansá!

Rodao. ¡A vé si nos dejan! (Se levanta, apaga la luz del hall y vuelve a su butaca. Campana se tiende, de nuevo, en el sofá. Hay una pausa. A poco se les oye roncar a los dos. El mozo del hotel les hace el terceto desde el pasillo. Empieza a sonar el timbre del teléfono, cada vez más fuerte hasta despertar a Campana, que se levanta malhumorado y acude al aparato.)

Campana. (Al aparato, a voces.) ¿Quién? ¿Quién? ¡Mardito sea! ¿Quién?

(A los gritos se incorpora espantado Rodao.)

Rodao. ¿Qué pasa?

Campana. ¡Er tiléfono, ahora!

Rodao. ¡Camará! No se gana pa sustos. Y es que está uno soliviantao...

Campana. (Al aparato.) Sí. Lo mismo; sí, señó. ¿Cómo? Sí. ¡Que sí! Eso quisiera, pero no me dejan. ¡Adiós! (A Rodao.) ¡Que descanse, me dise! Der Casino e Madrí preguntando por el herío. ¿Cuándo creerá la gente aquí que es hora de acostarse? ¡Mía que estar levantao a las tres de la mañana! ¡Vamos, te digo!... (Rodao, ronca.) ¡Que aproveche, amigo! ¡Jinojo, sí que lo coge ar vuelo! ¡Qué nochesita! (Se vuelve a tender en el sofá. Hay una pausa. Por el foro, de la calle, entra VICENTE y se dirige al mozo del hotel.)

Vicente. Güenas noches. (Dándole golpecitos al mozo del hotel para sacarlo de su sueño.) ¡Oiga, señó!

Un mozo del hotel. (Poniéndose de pie.) ¿Qué? ¿Qué?

Vicente. Usté perdone que le moleste. ¿Quisiera usté hasé er favó de avisarle ar moso de espás de Manué Lusena de que está aquí su amigo Visente?

Un mozo del hotel. Con mucho gusto; sí, señor. Puede usté pasar y sentarse. (Le invita a entrar en el hall.)

Vicente. Muchas grasias. Aquí le espero.

(El mozo se va por la derecha y Vicente se queda paseando por el pasillo. Hay una pausa. Por la derecha del pasillo, vuelve UN MOZO DEL HOTEL, con TABLETA. Tableta se abraza a Vicente.)

Tableta. ¡Visente!

Vicente. ¿Qué ha sío eso, hombre? Yo acabo de enterarme ahora mismo, y no he querío acostarme sin vení a sabé...

Tableta. ¡Una perdisión, hijo, una perdisión! Entra aquí. (Entran en el hall y Tableta enciende la luz. El mozo del hotel torna a sentarse en su silla del pasillo.)

Vicente. ¡Várgame la Macarena!

Campana. (Incorporándose con rabia.) ¿Otra vé la lú?

Tableta. ¡Duerme y caya!

Campana. ¡Estamos aviaos! (Se tapa la cabeza con la manta.)

Tableta. ¡Siéntate, Visente! (Se sientan los dos.)

Vicente. Pero, ¿cómo ha sío?

Tableta. Una mala pata, una de esas cosas que no se puén explicá. ¡Que estaría de Dios!

Vicente. ¿Y es grave?...

Tableta. Un cornalón tremendo.

Vicente. ¡Pobre Manolo!

Tableta. ¡Y en qué momento, Visente! Cuando esta criatura iba a empesá a sacá er fruto de haberse partío er pecho con los toros por esas plasas, durante un año; cuando tenía firmás serca de sesenta corrías a veinte mir reales... ¡Te digo que no hay justisia en la tierra!

Vicente. ¡Vaya por Dios!

Tableta. Es la contra de confiarse demasiao y de vorverle la esparda a los bichos. ¡Si no pué sé! ¡Si hay que andá con sien ojos!

Vicente. Pero argún dinero tendrá ahorrao...

Tableta. ¡Ni dos gordas! En la época de noviyero es poco tó lo que se gana pa repartirlo entre unos y otros: Son muchos a chupá y uno solo a jugarse la vía y, aunque te vuervas mico, no te salen las cuentas.

Vicente. Pos, hombre, yo creía...

Tableta. ¡Se exagera mucho en esto de la ganansia de los toreros!

Vicente. La verdá que no meresía, entonses, la pena de exponé tanto pa sacá tan poco. Yo, en mi ofisio, no es que sea ningún capitá, pero dos mir duritos sí que tengo ahorraos.

Tableta. ¡Digo, dos mir duros! ¡Esos no los ha visto juntos Manolo ni en piesas de chocolate!

Vicente. Claro es que, me salí, a los dos meses de está en Madrí, de casa e Lisarraga y puse mi tayé y trabajando lo mío y queándome muchas noches hasta las tres, amarrao ar banco de la carpintería, he ido, poco a poco, hasiéndome de un nombre y de una clientela. Si Manolo hubiera hecho lo mismo, más tendría que yo, que más valía, y no se vería ahora postrao en la cama, con er cuerpo atravesao de una corná. La ambisión rompe er saco. Esto es como la lú, Tableta.

Tableta. ¡Como la lú, Visente! Pero tú has sío siempre un sentao y Manolo no ha tenío más que pájaros en la cabesa. ¡Pobre Manoliyo! En er delirio de la fiebre, dos nombres no se le caen de la boca: uno, er de su madre; otro, er de Pimienta.

Vicente. ¿Er de Pimienta? Pos, ¿no había acabao con eya?

Tableta. Pos eso es; que después de despresiarla y de habé dao lugá, con su despresio, a que eya hisiera lo que hiso, largarse e Seviya con er Duque e los Cármenes, que por sierto que la tiene como una prinsesa, a Manué le entró por su antigua novia, ar verla encumbrá

y yena de briyantes, la pasión de doña Juana la loca.

Vicente. ¿Qué me dices?

Tableta. Pero Pimienta, que no le perdona su traición, aunque ha seguío tras de nosotros por donde quiera que hemos ido, y corría que ha toreao Manolo, corría que eya ha visto,—esta tarde estaba en la Plasa, —no ha querío nunca vorvé a crusá la palabra con é. Y eso es lo que trae a Manolo de una forma que ni come ni sosiega.

Vicente. ¡Es particulá!

Tableta. ¡Misterios de la vía, Visente! Haberla tenío a su arcanse y haberla sortao, pa luego quererla cogé cuando ya es tarde. ¡Misterios! Y bien empleao se le está, después de tó, porque Pimienta no se meresía ese pago. Me acuerdo toavía de la tarde aqueya en que nos vinimos a Madrí, por la primera ve... La pobresiya yorándole pa que no la abandonara, y este hombre, endiosao, que no tuvo pa la muchacha ni una palabra de cariño. ¡Bien empleao se le está! Pasión no quita conosimiento y ná tiene que vé que Manolo sea mi mejó amigo pa que yo reconozca que en aqueya ocasión se portó má. ¡La ambisión, que le nubló er sentío!

Vicente. ¡Pícara ambisión!

Tableta. Nuestro Padre Jesú nos libre de eya.

Vicente. ¿Y er señó Bernardo? ¿Qué es de é? ¿Sabes tú argo?

Tableta. Pos yo sé que, después de la escapatoria de su hija, traspasó er tayé, pero que, pa no perdé la costumbre de la carpintería, sigue cogiendo ca tablón...

Vicente. ¿Se emborracha?

Tableta. Ya no es emborracharse; es viví empapao en vino, como un bizcocho.

Vicente. Tanta o más culpa que Manolo, tiene ese hombre en lo que haya hecho Pimienta.

(Dentro suena un timbre. El mozo del hotel se levanta y se va por el pasillo derecha.)

Tableta. ¡Y que lo digas!

Vicente. No se pué dejá una mosita a su libre arbedrío, sin mano que la guíe, ni consejo que la sarve. ¡Es tentá ar demonio!

Tableta. ¡Tú verás!

Vicente. ¿Y tú? ¿Sigues con Rosío?

Tableta. Como una fló por las mañanas.

Vicente. Así deben de sé los hombres: constantes.

Tableta. Y deseando tené reuníos cuatro cuartos pa casarme con eya.

Vicente. Ese es er camino, Tableta; no te apartes de é. Ca uno ar nasé tenemos marcao nuestro rumbo; er que lo sigue, bien va; er que se aparta de é, por deseo desmedío de yegá más pronto, tropiesa y cae.

Tableta. Estás hecho un padre misionero, Visente.

Vicente. ¡La vía, que me ha enseñao muchas cosas!

(Por la derecha del pasillo, sale UN MOZO DEL HOTEL, y entra en el hall.)

Un mozo del hotel. (A Tableta.) De parte del doctor, que tenga usté la bondad de ir un momento.

Tableta. (Levantándose.) Ya mismo. (A Vicente.) ¡Con tu permiso, Visente!

Vicente. (Levantándose.) ¡No fartaba más! Te dejo. Mañana vorveré a preguntá cómo sigue Manolo. ¡Dale un abraso!

Tableta. De tu parte.

Vicente. Y que Dios quiera que eso no sea ná.

Tableta. ¡Dios lo quiera!

Vicente. ¡Adiós, Tableta!

Tableta. Adiós, Visente.

Vicente. ¡Hasta mañana! (Al mozo del hotel.) Güenas noches. (Vase por foro hacia la calle.)

Tableta. (Al mozo del hotel, mientras salen los dos al pasillo.) ¿Pasa argo? ¿Está peó?

Un mozo del hotel A mí no me han dicho más que vaya usté.

Tableta. Voy ahora mismo. (Vase por el pasillo derecha. El mozo del hotel vuelve a sentarse en su silla. Hay una pausa. Campana se levanta malhumorado, apaga la luz del hall y torna a tenderse en el sofá. Hay otra pausa. Empieza a sonar el timbre del teléfono. Campana, desde el sofá, alarga el brazo y descuelga el auricular.)

Campana. (Gritando, al mismo tiempo que descuelga el auricular) ¡No son horas!

Rodao. (Despertándose.) ¿Qué?

Campana. ¡Que no son horas!

Rodao. (Medio dormido.) No.

(Silencio. Por la derecha del pasillo, salen TABLETA, VERITA y EL DOCTOR CASTILLO. El doctor es un hombre

de cuarenta años, simpático y afable. Tiene barba. El mozo del hotel, al ver que entran en el hall, se adelanta a ellos y enciende la luz.)

Campana. Pero, ¿otra ve la lú, mardito sea er veneno? (El mozo del hotel vuelve a su puesto.) ¿Es que no hay otro sitio pa tertulia?

El doctor Castillo. Dejémosle dormir, que más ha de hacerle el reposo que nada. ¡Dejémosle dormir!

Campana. (Incorporándose y creyendo que se dirigen a él.) Pero, ¿usté cree que se pué dormí aqui con este jaleo?

Verita. ¡Campana! ¿Aún estás así?

Campana. ¡Quite usté, amigo! ¡Cayéndome de sueño y sin podé serrá los ojos!

Verita. ¡Sí que es fatalidad!

Campana. Toa la noche dando vorteretas. En cambio éste, mire usté. Cayó aplomao y ni un terremoto lo dispierta. ¡Es un canto!

Verita. ¿Rodao?

(Mientras Campana y Verita han estado hablando lo anterior, Tableta y el doctor Castillo se han sentado a la izquierda.)

Tableta. Pero, usté, ¿cómo lo encuentra, dortó?

El doctor Castillo. Pues, hombre, mal. ¿Para qué voy a mentirle? Sin que esto quiera decir que no tenga esperanzas de salvarle; no. (Verita deja dormir a Campana y atiende a lo que dice el médico.) El es joven, naturaleza fuerte y... ¡Quién sabe! Aguardemos. Aún nos queda mucho camino que andar, antes de dar la cosa por perdida. (Saca una pitillera y ofrece tabaco a Verita y a Tableta.) ¿Un pitillo?

Verita. Venga. No sé los cigarros que me llevo fumados.

Tableta. Pos, ¿y yo? Tengo la boca seca.

Verita. ¿Nos podrían dar café?

Tableta. ¿Por qué no? Ahora mismo. (Sale al pasillo y se dirige al mozo del hotel. El doctor y Verita hablan en voz baja.) Oiga, moso; que nos sirvan café.

Un mozo del hotel. Al momento. ¿Cuántos?

Tableta. Tres cafés. (El mozo se marcha por la izquierda del pasillo y Tableta vuelve al hall.)

Verita. No le conozco, doctor; en serio. Sé que es punto fuerte en peñas taurinas y en saloncillos de teatros, pero no sé cómo se llama.

El doctor Castillo. (Por Tableta.) Tal vez éste... Diga

usted, Tableta, ¿quién es ese tipo, amigo de ustedes, que me habla de tú, sin que yo haya tenido el gusto de haberle visto nunca hasta hoy?

Tableta. ¿Er Guácana?

El doctor Castillo. ¿Quién?

Tableta. ¡Er Guácana! No le pueo desí a usté más, porque yo tampoco sé más.

El doctor Castillo. Pues, hombre, es un fastidio tenerse que hablar de tú con un desconocido.

Verita. ¡Hay tanto fresco así por el mundo!

El doctor Castillo. Ya, ya, pero es desagradable, muy desagradable. Por lo menos, a mí, me resulta violentísimo.

Verita. ¡Y a todos!

Tableta. ¡Pero es su costumbre!

El doctor Castillo. Pues yo, en cuanto me vuelva a tutear, le voy a preguntar en qué bodegón hemos comido juntos.

Tableta. ¡Y se lo dise a usté!

El doctor Castillo. ¿Qué?

Tableta. ¡Usté no le conose!

El doctor Castillo. ¡Pero que ni de vista!

Tableta. En Saragosa le pasó con er gobernadó, ná menos; un tío, con unos bigotes y una presensia, como pa imponé respeto ar más templao. Y Er Guácana, venga a hablarle de tú, y oye tú y escucha tú; hasta que ar gobernadó se le ajumó er pescao y lo paró en seco. —Pero, tú a mí, de tú, ¿por qué? ¿Quién eres tú? ¿Dónde me has visto tú? Y Er Guácana, sin perdé la serenidá, le contestó:—¡En casa de Milagros! Ar gobernadó por poco le da un síncope.—¡Ah, ya, sí, tú, claro, tú!... ¡Casi lo estreya! Milagros era la amiga der gobernadó y estaba delante su mujé.

El doctor Castillo. (Convencido.) ¡Pues no se lo pregunto! Por si acaso... (No vaya a saber lo de Conchita!...) ¡Caray con el hombre!

(Por la izquierda del pasillo aparece UN MOZO DEL HOTEL, con tres servicios de café en una bandeja, entra en el hall, y los deja sobre la mesa.)

Un mozo del hotel. ¡El café, señores!

Verita. Bien venido sea.

(Verita, Tableta y el doctor se disponen a tomar el café y acercan sus sillas a la mesa. El mozo les sirve. Por la derecha del pasillo sale EL GUACANA y entra en el hall.)

El Guácana. ¡Hombre, café! ¡Y no os habéis acordao de mí!

El doctor Castillo. ¿Quién lo ha dicho? Aquí tienes el mío.

El Guácana. ¡Grasias, mediquiyo!

El doctor Castillo. (¡A mí lo de Conchita, no! ¡Ca!)

Tableta. (Al mozo.) Traiga otro café. (El mozo se marcha por la izquierda del pasillo.)

Verita. Y Manolo, ¿cómo sigue?

El Guácana. Durmiendo. Intranquilo, pero duerme.

El doctor Castillo. Efecto de las inyecciones.

Tableta. Y, ¿lo has dejao solo?

El doctor Castillo. No, hombre; se habrá quedado mi ayudante.

El Guácana. ¡Claro!

Tableta. ¡Si Dios quisiera!... Eso der sueño es un güen síntoma, ¿no, dortó?

El doctor Castillo. No es malo por lo menos.

Tableta. (Al Guácana.) ¡Estos tíos, que no suertan nunca prenda!...

El Guácana. ¡Tú verás! Pa está siempre a cubierto. Que se muere, ya lo dijimos; que se sarva, ya lo dijimos también. Y así, nadando entre dos aguas, no se equivocan en la vía.

(Por la izquierda del pasillo sale UN MOZO DEL HOTEL, con un servicio de café en una bandeja y entra en el hall.)

Un mozo del hotel. (Al Guácana, mientras deja el servicio sobre la mesa.) ¡Su café, señor!

El Guácana. Muchas grasias. (El mozo vuelve a su sitio, en el pasillo. Nuestros amigos toman el café, unos, de pie, y otros, sentados.)

El doctor Castillo. (Por Campana y Rodao.) ¿Eh? ¿Qué me dicen ustedes de los amigos?

Verita. ¡Pues aún se quejan!

El doctor Castillo. ¿De qué?

Verita. De que no se les deja dormir.

El doctor Castillo. ¡Caray! ¡Y son dos fueyes!

El Guácana. Oye, Tableta; y Pimienta, ¿no ha venío?

Tableta. Pero, ¡qué va a vení! ¡Tú no conoses a Pimienta! Es desí, perdona; sí la conoses. No he querío ofenderte. ¡Fartaría más que hubiese arguien en er mundo que tú no conosieras!... Lo que digo, es que no sabes los puntos que carsa. ¡Tiene más dirnidá que un arsobispo!

El Guácana. ¡Me ha fayao! Confieso que me ha fayao. Yo creí que, ar vé herío a Manolo, vendría a verlo. ¡Paresía lo naturá! Y es que no acaba uno nunca de conosé a las mujeres.

El doctor Castillo. ¿De quién se trata?

El Guácana. De Pimienta, la amiga der duque de los Cármenes, por la que Manoliyo anda dando velas hase un año.

Verita. ¡Ah, sí!

El doctor Castillo. ¿Esas tenemos?

Tableta. Es una historia antigua.

El Guácana. Fué novia de Manolo cuando ér no era ná...

El doctor Castillo. ¡Es interesante!

Tableta. ¡Cosas de hombres y mujeres!

El Guácana. ¡Más vale corré un velo! ¡Oye, Castiyito!

El doctor Castillo. (Levantándose y acudiendo solícitamente al llamamiento del Guácana.) Tú me dirás, hijo mío.

El Guácana. ¿Cuándo me vas a presentar a Conchita?

El doctor Castillo. ¿Cómo?

El Guácana. (Riéndose y amagándole su golpecito característico.) ¡Tó se sabe, so guácana!

El doctor Castillo. (¡Pero este hombre es un vidente!)

El Guácana. ¡Acuérdate que me lo tienes ofresío!

El doctor Castillo. ¿Yo?

El Guácana. ¿Ya no te acuerdas?

El doctor Castillo. ¡Sí, hombre, sí! El día que quieras, el día que quieras. (Pero, señor, ¿cuándo le habré yo ofrecido nada a este tío, si no lo he visto hasta hoy?)

(A la puerta del hotel para un automóvil, o suena una bocina, por lo menos. Se apea del coche o entra en el hotel, PIMIENTA. No es la mocita trianera que conocimos en los actos anteriores, del

trajecito de percal y el pañolillo al talle; es una espléndida mujer, vestida con llamativo lujo y cargada de preseas. Se arrebuja en una elegante salida de teatro y no trae nada a la cabeza. El primero en verla entrar es Verita. Pimienta llega pálida, inquieta, sobresaltada, y se dirige al mozo del hotel, con quien habla en voz baja.)

Verita. ¡Azúcar! ¡Buena mujer!

Tableta. ¡Pimienta!

El Guácana. ¿Está ahí? ¿Qué te dije yo? ¡Si no podía fayá!

El doctor Castillo. (Al Guácana,) ¿Es la de marras?

El Guácana. La misma.

El doctor Castillo. (Asomándose a la puerta para verla.) ¡Espléndida muchacha!

Verita. Aquí sobramos tres, por lo menos.

El doctor Castillo. A mí no me lo dicen dos veces.

El Guácana. ¡Ni a mí!

Verita. ¡Vamos con Manolo!

(Salen del hall Verita, el Guácana y el doctor Castillo, y se marchan por la derecha del pasillo, no sin volver la cara para mirar a Pimienta. Tableta sale también y se acerca a ella.)

Tableta. ¡Chiquiya! ¿Tú, aquí?

Pimienta. (Abrazándose a Tableta, con emoción.) ¡Tableta de mi vía!

Tableta. ¡Pasa, mujé, pasa! (Entran en el hall.) Pero, ¿qué locura es esta?

Pimienta. ¡Que no podía más! (Tableta le ofrece una silla y se sientan los dos hacia la izquierda. Ella habla anhelante, entre sollozos.) Dime. ¿Cómo está Manolo? Es mu grave lo que tiene, ¿verdá? ¡Qué día he pasao, y que noche, hasta verme libre y hasé esta escapá! Nunca me ha paresío er tiempo tan largo. ¡Cuéntamé, Tableta, cuéntame!

Tableta. ¡Serénate, mujé!

Pimienta. ¡Si tú supieras qué angustia, qué tortura la mía!

Tableta. ¡Cármate! Está mar, pero no desahusiao. ¡Aún tienen esperansas de sarvarlo!

Pimienta. ¡Quiero verlo, Tableta, quiero verlo!

Tableta. Eso no pué sé, chiquiya.

Pimienta. ¡No me digas que no, Tableta! Por verlo he venío arrostrándolo tó. ¡No me quites ese consuelo!

Tableta. ¡Vamos, cármate, cármate! Estás nerviosa, desencajá... ¿No te basta lo que yo te digo? Entrá a verlo ahora podría serle perjudisiá. Una impresión tan

fuerte, en estos momentos, no sé si la resistiría... ¡Ya lo verás! Serénate. Sé rasonable. (Pimienta llora.) ¡Vamos, Pimienta! ¿Lo ves, mujé, lo ves? ¡Y eso que jurabas que ya no lo querías!

Pimienta. ¡Me engañó mi deseo! Porque mi deseo era no acordarme más de é, baserme la ilusión de que no existía, pero—¡ay, Tableta!—que este cariño es más fuerte que mi voluntá y está hecho a prueba de despresios y de farsedades. Y yo he querío arrancármelo der pecho muchas veses como quien se arranca una mala semiya, pero sus raíses son tan hondas que, a pesá mío, ha seguío floresiendo en mi corasón.

Tableta. Como que no vale desí esto se acabó cuando de día y de noche no se piensa en otra cosa. Y tú, digas lo que digas, y hagas lo que hagas, ni has sío, ni podrás sé nunca más que de é.

Pimienta. ¡De é siempre y en contra de mí misma, y por ensima de tó; que hasta asco me da de sé como soy! Porque hay un hombre que me quiere y que me ha amparao, que ha sío mi providensia y me ha cormao de benefisios, y cuando me yama suya, en el instante mismo en que más suya debiera sé, yo, con er pensamiento, ar menos, he seguío siendo de Manolo.

Tableta. Entónses, ¿por qué te has resistío a escucharle cuantas veses él ha intentao asercarse a ti?

Pimienta. Porque ese fué er trato, y yo cumplo lo que ofrezco. La tarde aqueya en que, siega de rabia y de despecho, la Cobera me yevó a vé ar duque, yo no le ocurté ná; le dije lo que me pasaba; que un hombre sin entrañas, a quien se lo había entregao tó, mi sangre y mi vía, el arma entera, me había despresiao, dejándome tirá en medio de la caye; pero que, a pesá de los pesares, yo estaba enamorá de ese hombre y quería í detrás de é por donde fuera... ¡Que ese era er presio de mi cuerpo! Y er duque asertó, a condisión de que yo nunca más vorviera a crusá er salúo con aquel hombre. ¡Y así se lo juré! Y ya lo has visto. Por donde quiera que habéis ido, yo os he seguío detrás, como una sombra. Y es que nesesitaba, pa no morirme de tristesa, viví serca de Manolo, respirá er mismo aire que é respiraba, verlo a toas horas, compartí sus triunfos y yorá sus penas.. ¡Tó, menos vorvé a sé suya ni a escucharle! Así lo había jurao. Pero hoy, ar verlo herío en la plasa, ar vé su cuerpo manando sangre, su cuerpo, que fué mío y que

yo besé tantas veses, no he podío resistí más y, en cuanto er duque se ha marchao de mi casa, yo he salío corriendo detrás, he tomao un auto y aquí me tienes pa verlo, pa verlo, Tableta, pa no separarme de é, si es pre siso, pa recogé su aliento con mi boca, pa morirme a su lao ,si es menesté. ¡No me niegues ese gusto, Tableta!

Tableta. Pero, chiquiya, ¿cómo quieres pasá, si er médico ha prohibío que entre nadie? ¡Por su bien es! Y si lo quieres tanto, resírnate, que ya lo verás cuando se puea.

Pimienta. (Con testarudez.) ¡Ha de sé ahora! ¡De aquí no me voy sin verlo! ¡Yévame con é, Tableta! ¡Por tu madre te lo pido!

Tableta. ¡Vamos, Pimienta!

Pimienta. (En tono suplicante.) ¡Por si no lo veo más! ¡Yévame, Tableta, yévame! Tú eres güeno, tú has sío siempre güeno pa mí. ¡Compadéseme! ¡Quiero verlo, aunque é no me vea! Por una rajita de la puerta, déjame que ponga en é mis ojos, que un suspiro mío le dé aire pa respirá, que mi yanto lo arruye. ¡Déjame, Tableta, déjame!

Tableta. ¡Que no, mujé! ¡No seas chiquiya!

(Dentro suena un timbre prolongado. Por la derecha del pasillo sale, azorado e inquieto, VERITA y entra en el hall. El mozo del hotel se encamina hacia la derecha del pasillo y desaparece.)

Verita. Oye, Tableta... ¡Un momento! Con permiso... ¡Haz el favor! (Lo lleva hacia la derecha y le dice unas palabras al oído, que a Tableta le producen una honda impresión, que no acierta a disimular.)

Tableta. ¿Qué?

Verita. ¡Tremendo, chico! ¡Espantoso! (Se dirige al teléfono, cuelga el auricular, que está descolgado, y le da vueltas a la manivela, pidiendo comunicación.)

Tableta. ¡Anda, Pimienta! Vete. Aquí no pués está ni un segundo más. ¡Vete!

(Pimienta, presintiendo una catástrofe, se ha puesto de pie, alarmadísima.)

Pimienta. ¿Se ha muerto?

Tableta. (Conteniendo las lágrimas.) ¡No!...

Pimienta. (Adivinando la verdad.) ¡Sí, se ha muerto! (Llora.) ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Tableta. ¡Anda, mujé, anda! ¡Vete! ¡Vete! (Sale con

Pimienta, empujándola y yendo con ella hasta la puerta de la calle. Pimienta se resiste a salir y grita y llora. Por la derecha del pasillo sale UN MOZO DEL HOTEL y desaparece por la izquierda. Dentro vuelve a sonar un timbre prolongado.)

Pimienta. ¡Manolo! ¡Sangre mía! ¡Corasón mío! ¡Quiero verlo! ¡Yévame con é! ¡Yévame, Tableta, yévame! ¡Manolo! ¡Yévame!

Tableta. ¡Vamos, vamos! ¡Anda! ¡Anda! ¡No seas tonta!

(Por la derecha del pasillo sale rápidamenta EL GUÁCANA, entra en el hall y desaparece por la puerta de la izquierda. UN MOZO DE HOTEL cruza el pasillo de izquierda a derecha.)

Pimienta. ¡Manolo! ¡Ay, Virgen mía! ¡Ay, madre mía! ¡Manolo! ¡Mi Manolo! ¡Quiero verlo, quiero verlo! ¡Ay, qué pena tan grande!

(Por la puerta de la izquierda del hall sale EL GUÁCANA con un paquete de gasas y algodones, y se marcha precipitadamente por la derecha del pasillo. Dentro suenan varios timbres.)

Verita. (Al aparato del teléfono, a voces.) ¡Oiga! ¡Oiga! ¡Central! ¡Central! ¡Centro! ¡Oiga! ¡Oiga!

(Todo esto casi simultáneo. Tantas voces y tantas carreras han despertado a Campana y Rodao de su sueño y les han hecho incorporarse, al uno en el sofá y al otro en su butaca. Durante un rato miran a todas partes, como atontados, sin adivinar lo que sucede.)

Rodao. Pero, ¿qué pasa aquí?

Campana. (Bostezando, filosóficamente.) ¡Qué nochesita, camará, qué nochesita!

(Cae el telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

La misma decoración del acto segundo. Es de día, por la tarde. Se supone que han transcurrido tres meses.

—

(Al levantarse el telón, aparece la escena sola. Dentro, suena el timbre de la puerta del piso. Por la izquierda, sale la SEÑÁ MARÍA y abre el portón. En el descansillo de la escalera, aparece DON BALDOMERO.)

Don Baldomero. (Descubriéndose al entrar.) ¡Dios guarde a usté, señá María!

Señá María. ¡Don Bardomero! ¡Tanto güeno por aquí! Pase usté, pase usté y cúbrase. (Ofreciéndole una silla.) Siéntese usté. (Don Baldomero se sienta.) ¡Qué alegría se va a yevá mi hijo! (Yendo hacia la puerta de la izquierda, después de cerrar el portón.) ¡Manolo! ¡Manolo! ¡Hijo! ¡Sar, que tienes visita! (A don Baldomero.) ¡No sabe usté lo que le agradezco que se haya usté acordao de nosotros! Hase dos meses que nadie viene a vernos.

(Por la izquierda sale MANOLO, cojeando de la pierna derecha y apoyándose para andar en un bastón de cayada. Al verlo, don Baldomero se levanta y le da un abrazo.)

Don Baldomero. ¡Manoliyo!

Manolo. ¡Don Bardomero!

Don Baldomero. ¿Cómo estás? ¿Cómo te encuentras?

Manolo. ¡Ya ve usté!

Señá María. Va mejó, diga usté que va mejó. Por lo menos, ya anda.

Don Baldomero. ¡Pos claro! Y en cuanto te den unos masages y te apliquen unas corrientes elértricas, como nuevo.

Manolo. No lo crea usté. Yo no me hago ilusiones, como mi madre. ¡Esto acabó!

Don Baldomero. ¡Vamos, muchacho! ¡Ánimo! No hay que acoquinarse. ¡Un poco de fe en uno mismo!

Manolo. ¿Pa qué? ¿Pa que luego er desengaño sea mayó? No, señó. Yo ya me he hecho a la idea de no vorvé a toreá, y no quiero acarisiá farsas esperansas. ¡Pasiensia! ¿Lo ha querío Dios? ¡Que se cumpla su santa voluntá!

Señá María. ¿Ve usté? Y así se pasa er día, entristesío y caviloso, que a mí se me parte el arma de verlo. (Se sientan todos. Don Baldomero le ofrece un pitillo, que Manolo acepta.)

Don Baldomero. Pos eso no pué sé, Manolo. Hay que echá er pecho alante y poné ar mar tiempo güena cara. Si te curas, bien, y si no, pos tar día hiso un año. ¡Desimpresionarse! Orvidá lo que se fué, pa pensá en lo que se ha de sé, que pa eso eres joven y tienes toa la vía por delante. ¡Ná de enserrarse en un cayejón sin salía! ¿Que no eres torero? Pos te hases aviadó, o dentista, o vuerves a tu ofisio.

Señá María. Eso es lo que yo le digo. Casuarmente sabe trabajá como pocos, y en la parte de ebanistería, difísirmente habrá quien le yeve la ventaja. Y ahí tiene a su compañero Visente, aqué que usté conosió aquí, que se fué a Madrí hará año y medio—pué que no lo haga toavía—y hoy vive el hombre como un rey, trabajando en lo suyo. ¿Por qué no has de hasé tú lo mismo?

Manolo. ¡Caye usté, madre!

Don Baldomero. Y tiene muchísima rasón en lo que te dise. A los veintidós años, un tropieso en la vida no es ná y es mu fási rehaserse y tomá otro rumbo. Amilanarse y verlo tó negro, es lo que no pué sé, Manolo. No te pase a ti lo que a los jugadores de profesión, que suprimío er juego, se preguntan crusaos de brasos: y, ¿qué hago yo ahora? ¡Pos trabajá, gandules!

Manolo. Pero, ¿trabajá con er arma partía y er cora-

són hecho grietas, sin ilusión, como un burro de carga, pa sacá un triste jorná, don Bardomero?

Don Baldomero. ¡De ahí el esfuerso de cá uno, pa que er jorná, en vé de dos, sean tres, y en vé de tres, sean cuatro! Y si te farta ilusión, que no debiera fartarte viviéndote tu madre, pos échate una novia y cásate, y en cuanto tengas tres chaveas que te pidan pan, ¡ya verás ilusiones! En un dia te hases tres arcobas.

Señá María. En eso está también la cosa, don Bardomero. Tenía una novia y la dejó; y la muchacha, desesperá, se echó a la vida, y luego este hijo se vorvió a enamorá de esa mujé, cuando ya no podía sé ni pa é ni pa nadie. También eso influye, y no poco, en el estao generá de su espíritu.

Don Baldomero. Siendo así, me cayo. Herías der cuerpo, fásirmente se curan; herías de otra clase, sólo Dios pué curarlas. (Pequeña pausa.) ¿Y er monicaco de tu antiguo moso de estoques? ¿No anda por ahí?

Manolo. ¿Tableta?

Señá María. A la caye salió, después de comé, pa vé si encontraba sitio donde colocarse. Es er reverso de la medaya de mi hijo. Ese lo que quiere es ganá dos pesetas, donde sea y como sea. ¡No se para en barras! Verdá que tiene una novia y se quiere casá con eya y, dígase lo que se quiera, eso siempre es un asicate.

Don Baldomero. ¡Simpático muchacho!

Señá María. ¡Más güeno que er pan!

Don Baldomero. Vive con ustedes, ¿no?

Señá María. Desde que tenía sinco años. Se quedó huerfanito, y nosotros lo recogimos.

Don Baldomero. Y bien les paga, porque hay que vé er cariño que le tiene a éste.

Señá María. ¡Casi se han criao juntos!

Don Baldomero. (A Manolo, que se ha quedado abstraído en sus pensamientos.) ¡Manoliyo! ¡Vamos, hombre, que estoy yo aquí!

Manolo. (Saliendo de su abstracción.) ¿Eh? Perdone usté, don Bardomero. Se me había ido er santo ar sielo.

Don Baldomero. ¡A levantá ese espíritu y a pensá en argo prártico! ¡Deja las musarañas pa los poetas! (A la señá María.) Este lo que nésesita es salí por ahí y distraerse. Metío aquí, no habrá quien lo saque de sus murrias. (A Manolo.) ¿Cuándo vas a í por la Serveseria?

Manolo. Ya veremos. Quisá mañana o pasao. Er

médico me ha dicho que en esta semana ya podré salí un ratito a da un paseo.

Don Baldomero. (Levantándose.) Pos er primer día que sargas, vete a tomá café conmigo. Ya procuraremos distraerte.

Manolo. Grasias, don Bardomero.

Don Baldomero. Y discurpen ustedes si no he venío por aquí con la frecuensia que hubiera deseao, pero es que no tengo tiempo pa ná.

Manolo. Usté siempre está cumplío con nosotros, don Bardomero.

Señá María. Ya sabe usté que, venga cuando venga, será bien resibío en esta su casa.

Don Baldomero. Muchas grasias, señá María. (Dándole la mano a Manolo.) ¡Adiós, hombre! ¡Y a vé cuando te vemos da er sarto e la garrocha!

Manolo. (Tristemente.) ¡Er sarto e la garrocha!... ¡Nunca ya! (Intenta levantarse para despedir a don Baldomero.)

Don Baldomero. No te levantes, no te levantes. Te prohibo que te muevas. ¡Adiós, Manolo! ¡Hasta la vista!

Manolo. ¡Vaya usté con Dios, don Bardomero. Y muchas grasias por esta visita.

Don Baldomero. ¿Quieres cayá? (Despidiéndose de la señá María y metiéndole en la mano un billete de cien pesetas, a espaldas de Manolo.) Señá María... Tenga usté.

Señá María. ¡Pero don Bardomero!

Don Baldomero. (Imponiéndole silencio.) ¡Tenga usté! ¿Es que no hase farta?

Señá María. ¡Figúrese usté!

Don Baldomero. ¿Entonses?...

Señá María. ¡Que Dios se lo pague a usté!

Don Baldomero. Conservarse ¿eh? ¡Hasta otra!

Señá María. Adiós, don Bardomero.

Manolo. ¡Vaya usté con Dios!

Don Baldomero. (Mirando con lástima a Manolo.) (¡Pobre muchacho! ¡En la fló de la edá!) (Abre el portón y en el descansillo de la escalera aparece TABLETA.) ¡Tableta!

Tableta. ¡Don Bardomero! ¿Cómo está usté?

Don Baldomero. Bien, ¿y tú, hombre?

Tableta. Tan campante.

Don Baldomero. Me alegro mucho de verte.

Tableta. ¡Y yo a usté!

Don Baldomero. ¡Salú! Güenas tardes.

Tableta. Güenas tardes, don Bardomero.

(Vase don Baldomero por el foro. Tableta entra en escena y cierra el portón.)

Señá María. (Enseñándole el billete a Manolo.) Mira lo que me ha dejao: sien pesetas.

Manolo. Y usté, ¿por qué las ha tomao?

Señá María. Hijo, porque... Porque no ha habío forma de negarse y porque, además, nos vienen de periya, que no he contao er dinero que nos quea, pero pon sobre poco y en cuanto carcules más de sinco reales, ya te has colao.

Manolo. ¡Bien está! ¡Tené que viví de limosna, de la misericordia de unos y de otros!... ¿No es un bochorno?

Tableta. ¡Pero eso ya se ha acabao desde mañana! Desde mañana que se vive aquí de mi suerdo.

Señá María. ¿Has encontrao colocasión?

Tableta. ¡Y floja que es! Tengo pa elegí entre sereno, guindiya o siserone del Arcasa. ¡Tres portronas!

Señá María. Y ¿cómo es eso? ¡A ve! Cuenta.

Tableta. ¡Nadie que soy yo buscando influensias!... Don José Ramón, que es er padre é los pobres, y a quien me he ido a haserle una visita, sin más recomendasión que mi persona. Me resibió la mar de atento, me yevó a su despacho, me hiso sentá en una butaquita, de esas que tienen dos respardos, uno pa la esparda y otro pa er pecho...

Manolo. ¡Una góndola, peaso e bruto! Y ¿tú has sío aprendí de una carpintería?

Tableta. ¡Pos una góndola, señó! No hay que fartá por eso ¡Ya me has cortao el hilo! ¿Por dónde iba yo?

Señá María. Que te hiso pasá a su despacho.

Tableta. ¡Ah, sí! Y me dijo dise: usté dirá lo que desea. Y yo le dije: pos lo que yo deseo, don José Ramón, es colocarme y como no tengo quien me presente, me presento yo solo. Juan Rodríguez y Pérez, alias Tableta, ex aprendí de carpintero, ex moso de estoques de Manué Lusena, servidó de usté. Le debió chocá lo raro de mis apeyíos o le debió hasé grasia mi desparpajo, porque, echándose a reí, metió mano ar cajón de su mesa y, sacando unos papeles, me dijo dise: aquí tengo tres credensiales, una de sereno, otra de guardia y otra de siserone del Arcasa. ¡Escoja usté!...—¿Qué escoja yo? ¡Pos déjeme usté pensarlo hasta mañana!—Como usté quiera. ¡Hasta mañana, señó Rodríguez!—

¡Hasta mañana, don José Ramón! Y tó er camino he venío pensando por cuá de las tres me desido.

Señá María. Pos, hijo, poco tiene que pensá. ¡La de guardia, con los ojos serraos!

Tableta. ¡Se van a pitorreá del uniforme!

Señá María. ¡Entonses, sereno!

Tableta. ¿Sereno con esta voz? ¿Usté cree que yo pueo cantá el Ave María Purísima, las onse han dao y...? Si los vesinos der distrito que me toque en suerte quieren sabé la hora, o yo me tengo que comprá un gramófono o eyos se tienen que comprá un «Longines». ¡No, señora! Ya lo tengo resuerto. ¡Siserone der Arcasa!

Señá María. Pero, ¿tú chanelas de eso, criatura?

Tableta. ¡Anda, que si chanelo! ¿Der Arcasa? ¡Desde el Utrunque hasta er senadó vitalisio de don Carlos er quinto, que está en los jardines! Que, por sierto, que no me he explicao yo nunca cómo un quinto pudo yegá a sé rey.

Señá María. ¡Sería de cuota!

Tableta. Ya me estoy viendo con mi uniforme, resibiendo ar primé inglé que se presente:—¡Oiga, musiú!...

Señá María. ¡Musiú es pa los franseses, chiquiyo! A los ingleses se les dise: misté.

Tableta. ¿Cómo?

Señá María. ¡Misté!

Tableta. Pero misté ¿es inglé, señá María?

Señá María. ¡Vaya!

Tableta. ¡Pos misté! Aquí la arcoba de don Pedro er Crué, por mar nombre er Justisiero. Techo árabe, reformao por don Carlos er quinto, después de la reconquista de Seviya. ¡Venga misté pa acá! Er baño de doña María de Padiya, sobrina de don Pedro, que era un tío. Aquí, las mazmorras donde enserraban a los cautivos. Esto er patio de las mositas, más conosío por er de las donseyas. Aquí, la sangre de don Fadrique, que no sé por qué no la han limpiao toavía. ¡Farta de aseo en el Arcasa!... Que ya me encargaré yo de lavarla. ¡Con dos boteyas de lejía!... ¡Oiga, cabayero!... ¡Siruelo plantao por don Alí-Ben, er moro Musa! Y éste que me suerta una libra y aqué que me larga dos onsas y el otro un machacante... ¡Cargao voy a vení tós los días, de tanto peso! ¡Se acabó la pobresa en esta casa! ¿Qué te paese, Manoliyo?

Manolo. ¡Que te envidio el humó!

Tableta. ¡Anda éste! Pos ¿qué quieres que haga? ¿Meterme en un rincón como tú? ¡No, hijo, que hay que vé de donde se saca pa mandá a la compra! ¿No, señá María?

Señá María. ¡Eso, eso! (A Manolo.) ¡Aprende de Tableta!

Tableta. De los amigos, ya sabemos que no hay que esperá ná. Tós han salío pitando y a ninguno se le ha vuerto a vé er pelo. Esto de don Bardomero, de hoy, es un mirlo blanco. Por sierto que me ha pasao una cosa de grasia. Cuando venía pa acá, por la caye e Jesú, me he encontrao ar Guácana. Lo paro pa saludarlo y ¿qué te crees que me ha dicho? ¡Que no me conose! ¿Hase farta frescura? ¿Desirme a mí er Guácana que no me conose, cuando er que no lo conose a é soy yo?

Señá María. Tanto vales, tanto tienes. ¡Ese es er mundo! Güeno, Tableta, ¿tú vas a salí otra vé?

Tableta. No, señora.

Señá María. Lo pregunto porque yo me he de yegá a la Plasa der Duque, que me han avisao pa í a lavá mañana y, con tá de que éste no se quede solo, por si nesesita argo... (Manolo suspira con tristeza.)

Tableta. Vaya usté descuidá, que yo de aquí no me muevo hasta que usté venga.

Señá María. Grasias, hijo. (Entra por la izquierda y sale a poco con un mantón puesto.) ¡Hasta después! (Se encamina hacia el foro y abre el portón.)

Manolo. ¡Hasta luego, madre!

Tableta. ¡Vaya usté con Dios, señá María!

(La señá María sale por el foro y cierra el portón tras de sí.)

Manolo. (Con rabia.) ¡Mira que tené que lavá mi madre! ¡La madre de Manué Lusena!...

Tableta. Pos eso, con arrimá el hombro, en cuanto te pongas güeno, a lo primero que te sarga, asunto liquidao. (Se sienta.) ¿Qué te ha dicho don Bardomero?

Manolo. Ná. Ha estao aquí un rato... ¿Tienes un pitiyo, Tableta?

Tableta. (Sacando un pitillo del bolsillo.) Uno me quea pa toa la vía. ¡Pero, fúmatelo!

Manolo. No, hombre. ¿Y tú?

Tableta. Ya fumaré desde mañana con lo que saque en el Arcasa.

Manolo. (Aceptando el pitillo.) ¡No tené ni pa tabaco!

Tableta. ¡Con los vegueros que nos hemos fumao!... ¿Te acuerdas, Manoliyo?

Manolo. No me lo recuerdes.

Tableta. La verdá es que nos ha durao poco, pero hemos vivío bien, bien, bien. ¡Qué poyos asaos los que nos ponían en el Hoté Inglé, de Valensia! ¿Te acuerdas?

Manolo. ¡Tres corrías que toreé, tres veses que me sacaron en hombros de la Plasa!

Tableta. ¿Y er bacalao a la vizcaína que nos dieron en la Eibarresa, de Birbao? ¡Bien se comía ayí! Yo es que me hinchaba.

Manolo. ¡Cuatro orejas cortás!

Tableta. ¿Y en Mursia, en er Reina Virtoria? ¿Y en Alicante, en er Samper? ¡Qué boquerones fritos los der Nisa, de Málaga!

Manolo. ¡Sinco vuertas ar rueo en dos corrías!

Tableta. ¡Pa marearse! ¡Qué boquerones! ¡Qué chanquetes!

Manolo. ¡Qué ovasión la de la salía en Madrí er día de la arternativa!

Tableta. ¡Y qué jamón serrano er del Hoté Internasioná!

Manolo. ¡Hasta los Reyes aplaudían!

Tableta. ¡Pa chuparse los deos!

Manolo. ¡Ya tó pasó!

Tableta. Pa no vorvé más. ¡Pasiensia! Ahora, lechugas frescas, como si uno fuea un canario, y tres garbansos con una miaja de tosino los días que repican en gordo. Y pidiéndole a Dios que repiquen, por lo menos, dos veses en semana.

Manolo. No me conformo, no me resirno. ¡No pueo resirnarme!

Tableta. Pos ¡a vé qué recurso nos quea!

Manolo. Dios se debió acordá de mí y yevarme con É antes que dejarme en este estao.

Tableta. ¡Egoísta! Y ¿ni por tu madre te alegras de habé vivío?

Manolo. Pero viví así ¿es viví?

Tableta. ¿Cojo? Pos ¿no ha de sé viví? ¡Ahí tienes a Romanones! ¡Poco bien que vive!

Manolo. ¡Tó lo echas a chufla!

Tableta. Y tú, en cambio, tó lo echas por lo trágico. Somos diferentes. Y puestos a vé, prefiero mi carárter ar tuyo.

Manolo. Y yo también, pero eso va en la naturalesa de cá uno. Tú eres un cascabé.

Tableta. ¡A Dios grasias! Y tú, un senserro.

Manolo. ¡También a Dios grasias!

Tableta. ¡Así no hay dijustos! (Pequeña pausa.)

Manolo. Oye, Tableta, ¿no has vuerto a sabé de Pimienta?

Tableta. Desde er día aqué de tu cogía, en que estuvo de madrugá en el hoté y en que, con nosotros, se yevó er susto de creé que te habías muerto cuando te arrancaste er vendaje y te dió er colarso que te privó tres horas de conosimiento, que no he sabío más de eya.

Manolo. ¿Ni Rosío te ha dicho ná?

Tableta. Rosío no habla conmigo de esas cosas.

Manolo. ¡Se la ha tragao la tierra, por lo visto! ¡Otra que, como tós, ar verme caío, no se vorverá a acordá más de mí!

Tableta. ¡Es mu posible!

Manolo. ¿Qué soy yo ya pa eya? ¿Qué pueo suponé? Antes, con el aqué de figurá y de sé un mataó de postín, ¿quién sabe si, con constansia, se la hubiera quitao ar duque? ¡Pero, ahora!... ¡Hasta en eso se me ha nublao mi estreya! (Hay una pausa larga. Tableta silba una tonada popular. En un reloj de torre suenan cinco campanadas. En la calle se oye un pregón.)

Voz. (Dentro, en la calle.) ¡Araucarias finas y criás en masetas!... ¡Qué güenas plantas de sombra!

Manolo. ¡Pesa er día, pesa!

Tableta. ¡De agosto en Seviya! ¡Carcula!

Manolo. ¡Sácate la baraja! Vamos a echá un tute.

Tableta. ¿Te aburres?

Manolo. Nos aburrimos los dos. ¡Tráete la baraja!

(Tableta se levanta, vase por la izquierda y sale a poco con una baraja. Manolo la coge, peina las cartas y pone la baraja delante de Tableta para que corte.)

Tableta. (Sentándose y cortando.) ¿A cuántos juegos?

Manolo. (Dando las cartas.) A tres y sin revancha.

Tableta. Conforme. (Juegan.)

Manolo. Arrastro.

Tableta. Veinte en oros.

Manolo. Vuervo a arrastrá.

Tableta. No tengo.

(Dentro suena el timbre de la puerta del piso.)

Manolo. ¿Quién nos vendrá ahora?
Tableta. Arguna vesina.
Manolo. Abre.

(Tableta se levanta y abre el portón. En el descansillo de la escalera aparece ROCÍO.)

Tableta. ¡Chiquiya! ¿Tú?
Rocío. ¡Yo! ¿No te alegras? ¡Hola, Manolo!
Manolo. ¡Hola, Rosío!
Tableta. (En tono confidencial a Rocío.) ¿Qué te pasa? ¿A qué vienes?
Rocío. ¡Caya, preguntón! Con tu permiso, Manolo... (Se lleva a Tableta hacia la derecha.)
Manolo. Si os estorbo...
Rocío. No, un segundo ná más; que le voy a da un recao a éste...
(Manolo coge la baraja y se pone a hacer un solitario.)
Tableta. ¿Qué ocurre? ¡Tanto misterio!...
Rocío. (En voz baja.) Poca cosa. ¡Tú juzgarás! Pimienta está en Seviya.
Tableta. (Estupefacto.) ¿Qué?
Rocío. (Imponiéndole silencio.) No grites ni hagas aspavientos. ¡Habla bajo! Está en Seviya y quiere hablá con Manolo.
Tableta. Pero, ¡por los dose Apóstoles! ¿Está loca tu prima?
Rocío. Yo creo que sí. En mi casa se me ha presentao esta mañana con esa pretensión y aún cuando yo he procurao por tós los medios haserla desistí no ha habío forma de convenserla. Conmigo ha venío y ahí aguarda en er descansiyo e la escalera a que yo le avise si pué pasá.
Tableta. ¡Arrea! Pos eso es más grave toavía. Y, ¿qué hasemos?
Rocío. Desírselo a Manolo y que ér resuerva.
Tableta. Me paese lo mejó. Pero, ¿quién se lo dise?
Rocío. Tú mismo.
Tableta. ¿Yo?
Rocío. ¡A vé!...
Tableta. Conforme. ¡Me caen a mí unos asuntitos!... ¡A vé cómo le entro!... Oye, Manolo... (Manolo deja de jugar y levanta la cabeza para escuchar a Tableta.)
Manolo. ¿Eh?

Tableta. Que aquí, Rosío, ha venío a desirme que hay en Seviya una persona de tu antigua amistá que quiere verte.

Manolo. ¿Pimienta? (Tableta y Rocío asienten con la cabeza.) Y ¿a qué viene? ¿A gosarse en mi agonía, a recrearse en mi martirio?

(A la puerta del foro aparece PIMIENTA, a tiempo de oír las frases de Manolo. Viste elegantemente.)

Pimienta. ¡No!

Manolo. ¡Pimienta! (Trata de incorporarse con visible trabajo, y ella corre hacia él y le impide que se mueva, cogiéndole las manos y agachándose a sus pies.)

Pimienta. ¡Manolo!

Tableta. (A Rocío.) ¡Tira pa er barcón, que aquí estorbamos! (Tableta y Rocío se asoman al balcón.)

Manolo. ¿A qué vienes, mujé, a qué has venío?

Pimienta. (Sentándose cerca de él.) Desde Madrí, hasiendo er viaje en automóvir, por verte ná más.

Manolo. Dios te lo pague. Yo te lo agradezco.

Pimienta. No me lo agradezcas, porque ha sío gusto mío. Sabía que estabas mar, que no podías vorvé a los toros, que tó er castiyo de tus ilusiones se había derrumbao, que tus amigos te habían hecho er vasío, que estabas solo, abandonao de tós, que preguntabas por mí y he querío proporsionarte una alegría en medio de tantas tristesas. ¡Por eso estoy aquí!

Manolo. ¡Eres güena, Pimienta! ¡Eres güena, hasta pa mí, que tan mar me porté contigo!

Pimienta. Ya es argo que lo reconozcas, pero ¿quién se acuerda de lo pásao? ¡Lo pasao, pasó!

Manolo. ¡Si las cosas se pudieran hasé dos veses en la vía, yo te juro!...

Pimienta. Vorverías a repetí tu faena, porque la ambisión te dominaba. Pero no hablemos de eso, no quiero que hablemos de eso. ¡Bastante castigao estás y yo no soy rencorosa! No he venío a abrirte tus herías sino a curártelas, si está en mi mano er remedio.

Manolo. ¿Qué dises?

Pimienta. ¿No podré sé yo un bársamo pa tus males?

Manolo. Pudiste serlo tó, y por curpa mía, quisá; tuya, tar vé, —¡no sé ahora mismo!— er consuelo que

vienes a prestarme es sólo un puñá que se me clava en er pecho. ¿Tú sabes tó lo que sirnifica pa mí verte ese vestío y esas joyas y aspirá ese perfume que te envuerve? Tó eyo me dise, por si ya no me lo dijeran bastante mis remordimientos, que la mosita juncá que yo soñaba, nunca podrá alegrá mis soledades.

Pimienta. Y si tú lo quisiste y por ti fué ¿de qué te quejas?

Manolo. ¡De habé sío tan desgrasiao, que ni aún siquiera tengo un cariño en er que refugiá mi amargura! Si argo malo hise en er mundo, bien lo estoy pagando.

Pimienta. En son de paz he venío a verte, pa haserte un rato compañía, pa que hablemos como dos amigos. Deja de recordá lo que se fué y no te atormentes ni me atormentes. ¡Lo pasao, pasó! Ya te lo he dicho.

Manolo. Sea como tú quiera.

Pimienta. Y cuéntame de ti, de tus proyertos, de tus planes.

Manolo. Ningunos tengo. Muerta mi ilusión en la tarde aqueya en que un toro, ar dejarme impedío, cortó en fló mi porvení, ya ná me resta por hasé.

Pimienta. Pero eso ¿cómo es posible, chiquiyo?

Manolo. Pos ya ves, siendo. Ná me atrae, ni ná me mueve a emprendé de nuevo la jorná. ¡Tó se acabó pa mí!

Pimienta. ¿Y tu madre? ¿Ni siquiera tu madre es un estímulo pa haserte trabajá? Piensa en eya y ese pensamiento te dará los bríos que te fartan.

Manolo. Estoy mu triste, Pimienta. Puse tanto en aqueyo, sacrifiqué tantas cosas por conseguirlo, que, ahora, ar verlo perdío pa siempre, sólo asierto a yorá. (Llora.)

Pimienta. (Con ternura.) ¡Manolo! ¡Y si un cariño te sarvara!...

Manolo. ¿Cuá? ¿Ya, quién pué quererme? ¿Qué soy yo? ¿Qué vargo yo pa nadie?

Pimienta. Y sin embargo, quisá pa arguien vargas más que valías.

Manolo. ¿Qué dises?

Pimienta. Lo que vas a oí. Sé que me quieres, que pasá aqueya mala hora en que, segao por tu afán de oro, mi persona te paresió cosa despresiable pa caminá a tu vera, me vorviste a queré con er mismo cariño der primer día en que se juntaron nuestras bocas y en que,

mirándome mu fijamente, me desías, borracho de ilusión y de deseos. ¡Chiquiya!

«Tus ojos y mis ojos
se han enredao
como las sarsamoras
en los vayaos.»

¿Te acuerdas? Yo te quiero también, te he querío siempre, pero no con un cariño renovao como er tuyo; mi cariño ha sío firme y sin variasiones; iguá cuando correspondías a é que cuando lo martratabas. Y si nos queremos los dos ¿por qué hemos de viví separaos pudiendo viví juntos? Lo que tú no fuiste capáz de hasé por mí, cuando la fortuna iba contigo, soy yo capáz de haserlo ahora. Renunsiá a mi bienestá, a mi lujo, a mis coches, a mis criaos. Fuera estas sedas y estos briyantes, fuera tó, que con tu cariño me basta pa sé feliz. Y tú a trabajá, modestamente, en tu ofisio, orvidao de locuras pasás y yo a tu lao, contenta y orguyosa de compartí contigo la pobresa. ¿Quieres? ¿Quieres, Manolo?

Manolo. Yo te estimo, mujé, ese rasgo, que te honra y que es una lersión que me das y que yo aserto, pero te orvidas de que tú misma has hecho pa siempre imposible er que vorvamos a juntarnos los dos.

Pimienta. ¿Por qué?

Manolo. ¿Ya no te acuerdas de lo que eres? ¡Vives con un hombre y tó er mundo lo sabe! ¿Cómo quieres sé pa mí? Capuyito tronchao que arrastró la corriente, ya ¿quién pué quererlo?

Pimienta. (Con viva emoción y con la voz velada por las lágrimas.) Es desí, ¿que ni siquiera comprendes mi sacrifisio?

Manolo. Lo comprendo, pero no está en mi mano el asertarlo.

Pimienta. ¿Entonses no era cariño sino un mar deseo lo que te yevaba a perseguirme cuando me vorviste a encontrá en tu camino?

Manolo. ¡Pimienta!

Pimienta. (Levantándose.) Nuevamente he sío tonta; otra vé me he equivocao ar juzgarte. Con el arma ne venío a ofreserte mi bienestá por er tuyo. Piensa que soy mujé, que estas galas me gustan, que hay un hombre que no me niega ná de cuanto le pido, que renun-

sio a tó por cariño a ti y no lo asertas... ¡Adiós, Manolo! ¡Nunca sabréis, los hombres, comprendernos! (Dándole la mano.) ¡Adiós!

Manolo. ¡No te vayas, Pimienta!

Pimienta. ¿Qué quieres que haga aquí? En este mismo sitio me has desairao por dos veses, una por ambisión, otra por orguyo... ¡Y soy tan simple que toavía no tengo való pa marcharme!

Manolo. ¡Pimienta!

Pimienta. ¿Qué?

Manolo. Ná. ¡No pué sé, no pué sé! Vete, vete.

Pimienta. ¡Ambisión! ¡Orguyo! ¡Siempre argo por ensima der queré! ¡Adiós, Manolo! ¡Por ti quea! ¡Tan esperansá como venía!... (Vase llorando por el foro. Del balcón salen indignados Tableta y Rocío.)

Tableta. (A Manolo.) Y ¿la dejas marchá? ¿Y tú eres un hombre? ¡Tú eres un botijo! ¿De modo que, ensima de que la muchacha es güena y se ofrese a pasá hambre contigo, dejándolo tó, tú te sientes Carderón de la Barca y la despresias? Pero, ¿no piensas, so guácana, que si la criatura es lo que es, tú la empujaste a serlo?

Rocío. ¡Eso, eso!

Tableta. ¿Qué fué por ti, por seguirte, por lo que dió ese mar paso?

Rocío. ¡Eso, eso!

Tableta. ¡Vamos, Manoliyo! ¡Rearsiona! ¡La quieres y te quiere! ¿A qué esperas? ¿La yamo?

Manolo. (Después de un momento de duda.) ¡Yámala! (Rocío da un salto de alegría y Tableta corre hacia el descansillo de la escalera.)

Tableta. (A voces.) ¡Pimienta!

(PIMIENTA aparece por el foro.)

Pimienta (Anhelante.) ¿Qué?

Tableta. (Señalándole a Manolo.) ¡Ahí lo tienes!

Manolo. (Abriéndole sus brazos.) ¡Pimienta!

Pimienta. (Corriendo hacia ellos.) ¡Manolo! (Se abrazan y están un rato unidos. Tableta, loco de alegría, abraza a Rocío, pero ésta, rápida como una centella, se aparta de él y le da una bofetada.)

Tableta. ¡Y ole mi cuerpo!

Rocío. ¡Tableta!

Tableta. ¿Pero, mujé! ¡Qué lista eres de manos!

Rocío. ¡Más lo eres tú!

Tableta. Y da grasias a Dios de que no he yegao a asertá la credensiá de guardia, que si no, a estas horas, estabas en la casiya por atentao a la autoridá.

Rocío. ¿Qué dises?

Tableta. ¡Ya hablaremos!

(Por el foro entra la SEÑÁ MARÍA, sorprendiéndose al ver el cuadro que se encuentra.)

Señá María. ¿Eh?

Tableta. (¡La señá María!)

Señá María. ¿Qué es esto?

Manolo. Madre, lo que tenía que sé, lo que estaba escrito; que me quiere y la quiero y que los dos nos hemos perdonao.

Señá María. (Después de reflexionar un punto y con la vo velada por la emoción.) Pos, si es pa tu bien y viene a sarvarte... ¡que se cumpla la voluntá de Dios! (Abriéndole los brazos a Pimienta, que se precipita en ellos.) ¡A mis brasos, hija!

Pimienta. (Llorando.) ¡Señá María!

Tableta. (Saltando de gozo.) ¡Y ole! ¡Viva mi cuerpo! (Va a darle otro abrazo a Rocío, pero ésta se vuelve rápidamente y le amenaza con la mano. Tableta se coloca a prudente distancia de su novia y dice justificándose.) ¡No he yegao! ¡No he yegao! (Cuadro y telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, noviembre, 1924.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El caprichito, entremés. (Segunda edición.)

¡Te la debo, Santa Rita!, entremés. (Cuarta edición.)

Los ídolos, comedia en dos actos. (*)

El pañolón de Manila, sainete en cuatro cuadros, con música de los maestros Marquina y Vela.

Correo de gabinete, entremés. (*)

El patio de los naranjos, sainete, con música del maestro Pablo Luna. (*)

Punta de viuda, entremés.

El milagro de las rosas, comedia en dos actos. (*)

La primera de feria, zarzuela dramática en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, con música del maestro José Cabas.

Primavera de la vida, comedia en un acto.

La casa de los pájaros, drama en cuatro actos. (Segunda edición.)

Mañanita de San Juan, entremés. (Segunda edición.)

Trini la Clavellina, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, con música del maestro Pablo Luna.

El huerto de los rosales, zarzuela en dos actos, divididos en cuatro cuadros, en prosa, con música del maestro José Cabas.

La sal del cariño, entremés.

La venda de los ojos, entremés con ilustraciones de música popular adaptada por el maestro José Serrano.

La caseta de la feria, comedia en tres actos.

Alfonso XII, 13, comedia en tres actos. (Segunda edición.)

La mujer de su casa, sainete.

(*) En colaboración con Julio Pellicer.

El Otelo del barrio, sainete en tres cuadros, con música del maestro Jacinto Guerrero.

Inmaculada, comedia en tres actos.

Constantino Pla, comedia en tres actos.

El clavo, comedia en tres actos.

El paso del camello, comedia en tres actos. (Segunda edición.)

Cándido Tenorio, sainete en cinco cuadros, dispuestos en dos actos, con música del maestro Jacinto Guerrero.

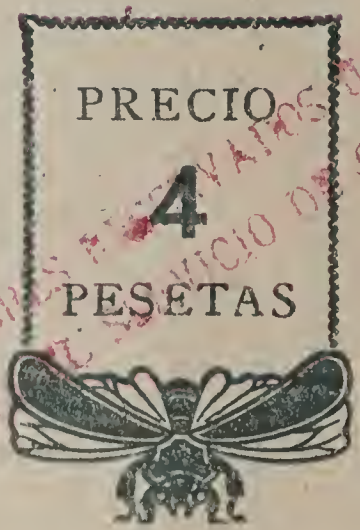
El primo, comedia en tres actos.

La negra, comedia en tres actos.

Pimienta, comedia en cuatro actos.

La copla vengadora, novela.

La Casablanca, novela. (Publicadas en «La novela de bolsillo».)



EJEMPLAR RESERVADO ÚNICAMENTE
PARA EL SERVICIO DE COMPAÑIAS

Sucesor de R. Velasco.—Teléf. 5-
Marqués de Santa Ana, 11 dup